

BRASILIBROS
MASA

TERROR

ANTES DE QUE ME EJECUTEN...

Frank McFair



TERROR &



ANTES DE QUE ME EJECUTEN...

Frank McFair

EDITORIAL
ANDINA. S.A.

FRANK MCFAIR Derechos
reservados por: EDITORIAL
ANDINA, S. A Polígono
Industrial de Pinto PINTO
(Madrid)

Director responsable:
Gregorio Ovejero Publicación
semanal Aparece los viernes

I. S. B. N. 84-06-00629-3 Depósito legal: M. 6.265- 1977

Printed in Spain LITOPRINT. S. A.
Villafranca del Bierzo, 32 Fuenlabrada (MADRID)

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPITULO 1

EL alcaide ha estado un rato conmigo. Sé lo que está pensando: «Este pobre muchacho necesita un poco de compañía. Mi obligación es proporcionársela». Pero sé también que lo hace porque me ha cobrado un poco de simpatía, aunque como funcionario no pueda reconocerlo así. Me ha preguntado si quería jugar una partida de ajedrez, pero no tengo ganas. Ni él tampoco, probablemente. Según me ha dicho, desde que es alcaide de este penal sólo ha tenido que asistir a dos condenados a muerte. Yo soy el segundo. El primero fue un negro que había matado a cinco personas.

—Yo sólo he matado a una, según dicen —respondí—. No parece justo aplicar la misma pena a ambos casos, ¿verdad?

El alcaide se ha callado. Evidentemente, un condenado a muerte siempre tiene algunos privilegios. Uno de ellos es decir lo que piensa.

Al fin y al cabo ya no le pueden prohibir a uno gran cosa, cuando dentro de unas horas lo van a sentar en la silla caliente.

Que es lo que van a hacer conmigo.

Por un crimen que yo sé que no he cometido, pero del cual se me ha acusado con toda clase de pruebas. Pero yo sé que no lo he cometido.

De todas formas, no he perdido el tiempo. Durante el tiempo que he permanecido aquí desde que se me condenó a muerte hasta esta noche, he escrito lo que verdaderamente ocurrió. O lo que yo pienso que ocurrió. Tal vez no sea lo mismo, pero de todas formas lo he escrito como lo siento.

La voz del alcaide llega hasta mí, de pronto, como desde muy lejos.

...no es que quiera obligarlo, no es mi estilo, pero si usted quiere...

—Perdón, señor alcaide, ¿qué decía?

—Este... bueno, le hablaba de que quizá pudiera un sacerdote.

¿Un sacerdote? Bueno, lo he pensado a veces, pero no estaba completamente decidido. Me quedo un momento sopesando el asunto. Tal vez sí. Tal vez sea precisamente un sacerdote quien pudiera hacerse cargo de lo que he escrito. Había pensado primero en entregarlo a mi abogado, pero... bueno, quizá sea una buena idea.

—Pues... tal vez sí.

—¿Qué rito profesa usted?

—Hasta ahora lo cierto es que no he practicado ninguno. He sido un agnóstico completo. Pero...

—Puede usted elegir. Usted no es judío, ¿verdad, Bretton?

—No. Mis padres eran presbiterianos. Pero creo que elegiría un cura católico,

—El padre O'Rourke está enfermo. Pero no creo que sea muy difícil encontrar alguno otro.

Me encojo de hombros.

—¿Puede usted encontrar al sacerdote, dice?

—Por cierto. Vea, Bretton. Hay varios que se han ofrecido a acompañarlo a usted en las últimas horas. Entre ellos, hay dos católicos. Normalmente es el capellán de la prisión quien se ocupa de esto, pero si usted prefiere un sacerdote romano, lo tendrá aquí dentro de media hora.

—Gracias, señor alcaide.

Horas después chirria la condenada puerta y el carcelero, Brannigan, aparece.

—Bretton, aquí está el cura.

Y entra el sacerdote...

CAPITULO 2

LO primero que noté fue que el nombre estaba muy nervioso. Llevaba un sombrero en la mano y le daba vueltas como si fuera un molinillo. Sus ropas eran muy buenas y hechas a la medida.

—¿Míster Bretton? —preguntó cuando mi secretaria le hizo pasar.

—Sí, señor Johanssen. Siéntese, por favor.

Lo hizo, en el borde del sillón. Trataba de mantenerse quieto, pero no podía conseguirlo. Tendría unos cincuenta años, era de mediana estatura y su pelo comenzaba a ralear. Ojos azules, sin lentes. Manos bien cuidadas.

Lanzó una mirada a su alrededor. Lo que vio le debió gustar. Hacía muy poco tiempo que había decorado mis despachos, ya que los negocios por el momento iban viento en popa, y hay que ofrecer aspecto de prosperidad a los clientes.

—¿Le ha recomendado alguien a mí? —pregunté.

—Pues... sí. Míster Folsen.

Folsen es un amigo abogado. Ya me ha enviado bastantes clientes. Yo le correspondo en cuanto puedo.

—¿Es su abogado?

—No. Amigo de mi abogado. Este, míster Bretton, yo...

—¿Puedo ofrecerle algo de beber, míster Johanssen?

—Pues... alcohol no, apenas lo bebo. Pero si tuviera un refresco...

Toque el timbre y Lolly apareció.

—Un refresco para míster Johanssen, Lolly, por favor. Un whisky para mí.

—¿Naranja, piña o Coca, señor Johanssen?

—Este... piña, por favor.

Lolly le quitó el sombrero de la mano y volvió al instante con una bandeja y las bebidas. Johanssen bebió la suya casi de un trago. Mi secretaria nos dejó, pero yo puse en marcha el magnetofón silencioso que hay dentro de mi cajón y cuyo micrófono apunta al cliente desde uno de los ángulos de la mesa, de tal forma que él no pueda darse cuenta. Luego, Lolly lo transcribe a máquina, pero me gusta oír las voces de mis clientes.

—Y bien, míster Johanssen —dije.

—Pues, verá... —Su nerviosismo cedió un tanto. Lo suficiente como para apuntar un tono de mando que debía ser habitual en él —. Supongo míster Bretton que usted habrá recibido muchos encargos como el mío, pero creo también que todos los que vengan aquí se figurarán que su caso es único, como ocurre cuando uno va al médico.

—Y es lógico, míster Johanssen. Uno va al médico porque está preocupado. Uno viene aquí porque también lo está. De lo

contrario sobraríamos. Le diré una cosa. Los detectives privados son de dos clases: los honestos, y en ese caso las palabras del cliente jamás salen de sus labios, y los deshonestos. Estos últimos duran muy poco. La policía y los comités de ética profesional acaban con ellos. Me temo por uno de los honestos: llevo diez años en la profesión.

—Sí, gracias. Así me lo dijo míster Folson y tengo confianza en él. Pues bien, se trata de mi esposa.

Sé cuándo no hay que hablar. Hay que dejar que sean ellos los que se lancen. Nosotros debemos escuchar con expresión atenta. Nada más, por el momento. Ya soltarán lo que sea.

—Pues... bien, no vamos a perder el tiempo. Mi esposa sale de casa algunas noches.

Tomé un bloc y garabateé algo en él, para que creyera que era entonces cuando tomaba notas.

—¿Prefiere que le pregunte yo, o prefiere contarlo a su modo, míster Johanssen?

—Yo... hablaré yo. Creo que es mejor. Verá. Soy el presidente ejecutivo de unos laboratorios. Los P & J.

—He oído hablar de ellos. Cosméticos de alta calidad, creo.

—Sí. Mis negocios van bien. Hace dos años me casé, por segunda vez, con una muchacha. Señor Bretton, tengo cincuenta y cinco años, pero estoy sano, que yo sepa. Ella tenía veintiocho. La diferencia no es demasiado grande.

—No —asentí. Casi treinta años parecen bastantes, pero yo no estaba allí para decirlo.

—No he tenido motivos para arrepentirme hasta... bueno, ahora tampoco, pero estoy... estoy un poco aturdido.

Hizo una pausa que me libre muy mucho de cortar. «Tenía» que ser él.

—Yo amo a mi mujer. Ha sido una buena esposa. Verá míster Bretton: Mis negocios van bien, como le dije. Yo soy un hombre tranquilo, me gusta la vida de hogar. De mi matrimonio anterior tuve un hijo. Es uno de mis químicos. Cuando supo que me casaba con Jeannette, se opuso al principio. Siempre hemos estado bastante unidos, y temía que aquello nos fuera a separar.

—¿Dinero? —pregunté.

—Oh, no, por supuesto. Henry gana lo suficiente, más de lo que necesita, porque es un buen químico y cuando yo muera heredará el laboratorio, el cual perteneció a su madre.

—Bien por ese lado. Usted cree que él no tiene motivo alguno, ¿no es así?

—Así es. Lo que ocurría es que Henry quería que yo me casara con otra mujer. Eso era todo. Una mujer más cercana en años a

mí. Pero conocí a Jeannette en una fiesta y... bueno, no creo parecer ridículo si le digo que me enamoré de ella.

—En absoluto, míster Johanssen.

Hizo una pausa que respeté.

—Jeannette es... muy bella. Henry al principio, le puso un poco cara de perro, pero luego la aceptó. No se quieren mucho, pero tampoco se pelean. ¿Me explico?

—Sí.

—Bien, entonces vamos a lo que importa. Hace algún tiempo... Verá. Fue hace cinco meses, una noche me desperté. Tenemos dormitorios separados. Me encontraba mal, un poco de indigestión, y fui a su cuarto para que me preparara algo. No estaba en su cama, y comencé a buscarla. No la encontré en toda la casa. Los criados no duermen en la casa, se retiran a las ocho, y ya no vuelven hasta la mañana. Me senté en un sillón y esperé. Volvió a las seis de la mañana y se sorprendió al encontrarme allí. Le pregunté de dónde venía y le dije lo que había ocurrido.

«Al parecer, se había sentido desvelada y había salido a dar una vuelta en coche. Me atendió y me olvidé del asunto, hasta la mañana siguiente. Verá, míster Bretton: yo tuve una infancia y una juventud muy duras. Me acostumbré a ser ahorrativo y sobre todo a llevar la cuenta de ciertas cosas. Eso no quiere decir que sea tacaño. Simplemente se hizo costumbre en mí el comprobar y anotar ciertos gastos. Pues bien, una de esas llamémoslas manías fue la de anotar los kilómetros de los coches. Una experiencia con un conductor que me robaba... El caso es que inconscientemente, me fijo siempre en el número de kilómetros viajados cuando vuelvo a casa. Tengo una mente ordenada. Pues bien, mi esposa no había salido en el coche.

—¿Pudo equivocarse usted en el número de kilómetros?

—No. Y a la luz de los acontecimientos posteriores, seguro que no. Simplemente, había salido, pero andando o en otro coche. Insisto, tengo una mente ordenada. Registro los hechos y los conservo mucho tiempo.

Hizo una pausa. Yo encendí un cigarrillo tras de ofrecerle. Lo rechazó.

—No fumo, gracias. Y entonces, digo, recordé otra cosa. Por regla general duermo bien, pero cuando algún problema me preocupa, una tisana, simple tila, me hace dormir mejor y me descansa. Jeannette me la prepara cuando se la pido o cuando me nota nervioso. Insisto: tila, solamente, ya que por mi trabajo con la química he aprendido a desconfiar de los somníferos y tranquilizantes industriales y además la cosa no es ni mucho tan acuciante como para tomarlos.

—¿Nunca? —pregunté— Yo mismo los uso, a veces.

—Nunca, insisto.

Lo creí. Cuadraba en el marco. No bebía, no fumaba, no tomaba excitantes. Por tanto lo más lógico es que fuese verdad.

—Y entonces recordé que siempre que me daba últimamente la tisana yo dormía hasta que sonaba el despertador, lo cual no me ocurre nunca...

—Excepto en esas ocasiones —apunté. El cuadro se iba cerrando. Una esposa treinta años menor. Un hombre poco excitante, probablemente un marido metódico dada su edad... y aparece el tercer lado del triángulo. Había tenido muchísimos trabajos así. Rutina.

Levantó los ojos hacia mí.

—Durante algunos días, míster Bretton, aseguré estar perfectamente, y no tomé mi tisana, ni leche, ni nada por el estilo. Una semana después... Bien, yo no dudaba aún de ella, pero no me gustan las mentiras, las odio, simplemente. Una semana después, dormí profundamente y me desperté tarde, quiero decir para la hora normal de despertarme. Lo primero que hice fue comprobar el kilometraje del coche. No se había movido. Por otra parte, había llovido y las llantas estaban secas.

—¿Sólo tienen ustedes un coche?

—No, hay dos, pero solemos usar casi siempre el mismo. El otro es un deportivo que le regalé a Jeannette, pero lo usa poco. No obstante, lo comprobé también. No se había movido.

«Comenzaba a tener pocas dudas, míster Bretton. Por la razón que fuera mi esposa me hacía dormir ciertas noches. La próxima vez fingí beberme una leche con tila que yo no había pedido, y esperé despierto. Hacia las doce la oí llegar a mi cuarto y me fingí dormido. Luego, salió de la casa. Dudé si seguirla, pero me dio vergüenza. La vi desde la ventana salir al jardín y luego a la calle. Allí la perdí. Yo no sirvo para seguir a la gente, míster Bretton. Soy un hombre... de despacho.

—Comprendo. Y creo que hizo bien. Seguir a una persona no es fácil, como mucha gente cree. Un perseguido que sospecha algo descubre muy fácilmente a un aficionado.

—Pero lo que sí hice fue llevar la leche a un químico. No a uno de los de mi laboratorio, sino a un desconocido. Ni siquiera lo llevé yo, lo hizo un mensajero sin saber lo que llevaba. El resultado fue el que yo preveía: un somnífero inocuo, pero fuerte. Yo no había sentido nunca efectos secundarios como sequedad de boca, etc.

—Comprendo —asentí, recordando cuando ya había cargado la mano en alguna ocasión en los somníferos.

—Dudé en decirle lo que sabía. Al final, me decidí a no hacerlo. Verá, míster Bretton, no deseo ser engañado, a nadie le gusta y

menos si está enamorado de su esposa. Lo que deseo es asegurarme, aunque duela. Saberlo todo. Quién es su amante, y a ser posible, por qué lo hace ella.

No le dije que la razón estaba a la vista.

—Ese es mi cometido —dije, afirmando—. Usted quiere pruebas, nombres y a ser posible razones.

—Exacto. Sus honorarios.

Se los dije y asintió. Sacó un libro de cheques y firmó uno por mil quinientos dólares.

—Esto para los primeros gastos —dijo. Luego, volvió a manejar nerviosamente la pluma—. Míster Bretton, no deseo... separarme de mi esposa, pero si es necesario, lo haré aunque me duela mucho. No veo el motivo de que me engañe, pero si insiste en ello, la separaré de mí.

—¿Tiene ella medios propios de vida? —pregunté.

—Oh, creo que tiene algo. Nos casamos en régimen de separación de bienes, pero está previsto en mi testamento que heredará una buena cantidad. Nunca dije cuánto, pero tampoco parecía importarle. Pero ya le digo: lo que deseo es saber, y luego, presentarle las pruebas. De lo que me diga dependerá mi actitud. Y ahora, míster Bretton, le deseo buenas tardes.

Lo acompañé hasta el despacho de Lolly, quien le entregó el sombrero y un recibo. Johanssen me estrechó la mano y salió con paso un tanto cansino.

—¿Lo de siempre? —preguntó Lolly.

—Por supuesto. Cuando los hombres de cincuenta y pico se resignen a no casarse con el primer bombón que se les cruza en el camino, los detectives particulares nos quedaremos sin trabajo. Registra este cheque y lo llevas mañana al banco.

Volví a mi cuarto y examiné su tarjeta. Míster Paul Johanssen, 975, Florest Road. Una calle llena de chalets con acres enteros de jardines, piscinas particulares, en una de las mejores urbanizaciones del norte, frente al parque, cerca ya de la carretera que va a las cascadas de las montañas Blancas. Dinero, y mucho.

Repasé la cinta magnetofónica. Ni una sola palabra de reproche a la mujer. Pero estaba muy nervioso, y los que no amenazan, pero sienten una cosa profundamente, pueden dar un disgusto el día menos pensado. Llamé a Lolly.

—Mañana pasarás esta cinta a máquina. Llama a Tom y dile que probablemente mañana lo necesitaré. «Full time». Que lo diga también a su hermano Jimmy. Tendrán que seguir a esa mujer las veinticuatro horas del día.

Había algo en la cinta... Sí, allí estaba. Las salidas de la mujer

no eran regulares, o al menos el marido no lo sabía. Seguramente ella quedaba por teléfono con el amante y luego embrutecía al marido con un somnífero.

—Puedes irte cuando hayas hablado con Tom.

Lolly, al contrario que en las películas de detectives privados, jamás ha intentado subirse en mis rodillas ni comportarse como la imbécil de Della Street, sexual ninfa constante. Yo sí he pensado a veces que no estaría mal una aventurilla con ella, pero me estropearía a una buena secretaria. Por eso no le doy pie, ni ella, debo reconocerlo, me lo ha dado jamás. Nunca me habla de su vida privada y lo más que hemos hecho ha sido comer juntos o cenar en alguna ocasión cuando un caso nos tiene en vilo.

Llamó a Tommy y se marchó a casa. Yo cogí el coche y guié lentamente en la brumosa noche de octubre. Comenzaba a hacer un poco de frío. El invierno estaba cerca.

Llegué a Florest y guié más lentamente aún. Los hermosos parques, jardines, y casas de ricos se sucedieron ante mi ventanilla. Ante el 975 aminoré la marcha. Las luces de la casa se veían a lo lejos entre las ramas desnudas de los árboles. La cancela estaba cerrada. Luego me fui a casa.

Cuando di la vuelta, vi un coche que me pareció que lo conducía Johanssen, pero no estaba seguro.

A la mañana siguiente tuve a Tom y Jimmy en mi despacho. Les di las señas.

—«Full Time», muchachos. Día y noche.

—¿Hasta las doce, por ejemplo? —preguntó Tom.

—No me has entendido. Las veinticuatro horas. La señora se escapa a las doce y vuelve a las seis de la mañana. Lo ha hecho alguna vez.

—Las mujeres —dijo Tom filosóficamente—, son idiotas. Por lo menos esa. Si el marido trabaja durante el día, ¿qué le costaría buscarse al amiguito a esas horas?

Había convenido con Johanssen que si necesitaba urgentemente comunicarme con él, lo llamase a su despacho en los laboratorios bajo el nombre de Packer. Pero lo que iba a hacer no necesitaba su aprobación. Era, diríamos, simple rutina.

Esperé a las diez de la mañana y subí a mi coche después de decir a Lolly que tardaría, quizá. Guié hasta Florest y comencé mi trabajo.

Por fin llegué al 957. Llamé al timbre del portero automático y una voz me invitó a decir lo que quería. Expliqué mi presencia allí. La puerta se abrió y mientras eché una ojeada a mi alrededor. No se veía a Tom ni a Jim, fuera el que fuera quien estuviese de plantón, pero era comprensible: resultaban demasiado

profesionales para no hallarse bien ocultos. Seguramente en el parque de aclimatación.

Crucé el jardín por el sendero enarenado y pronto me encontré ante la casa, de estilo colonial inglés. En la puerta esperando, había una doncella negra. Me introdujo en un salón. Una mujer me esperaba sentada en un sillón.

—Soy la señora Johanssen —dijo—. ¿Qué desea de mí?

Me encontré mirando directamente a los ojos de una de las mujeres más bellas que he visto en mi vida.

CAPITULO 3

ERA casi tan alta como yo, esbelta pero en absoluto delgada. Si su cuerpo era perfecto, su cara resultaba aún más extraordinaria. Unos ojos rasgados, de color verde, muy grandes e inclinados hacia las sienes, le daban un aspecto felino. La boca era roja y algo más pequeña de lo que pudiera esperarse de un rostro como aquél. El pelo, rubio ceniza, y, al parecer, perfectamente natural.

Llevaba una bata de seda, muy ajustada a su figura y con unos extraños dibujos que no pude descifrar a aquella distancia.

—Opinión pública —dije—. Le agradezco que me reciba.

—¿Me va a hacer preguntas sobre mis preferencias en materia de bebidas o comidas?

—No. Es simplemente sobre quién cree usted que será el próximo ganador de las elecciones primarias.

—No tengo ni idea de política —respondió, sonriendo.

—¿No lee periódicos, libros? Usted es casada, los leerá su marido, seguramente.

—El sí, yo no.

—Pero hará quizá comentarios con usted.

—Los hace, a veces, pero apenas le escucho. Dejo la política para él aunque tampoco se preocupa demasiado. De los impuestos, sí, pero de otra cosa, apenas.

Tenía los ojos clavados en mí, con tal fijeza, que me pregunté si llevaría mal el nudo de la corbata. Eran unos ojos desconcertantes.

—Bien, entonces, no tiene usted una idea acerca de quién le gustaría que ganara, ni a quién votaría usted.

—Ni la menor idea, míster...

Era una clara pregunta. Dudé ligeramente, mientras fingía mirar a mis papeles. ¿Decirle mi verdadero nombre? Bretton no es demasiado común. Quizá hubiera algún otro en la guía telefónica. Decidí no arriesgarme.

—Bretton —dije un poco entre dientes para que no sonase con claridad.

—¿A qué Instituto de la opinión representa?

Trabajo libremente y entrego mis tests a quien los solicita —respondí pensando en si se tragaría o no la mentira. No hizo gesto alguno.

—Bien, pues ya lo sabe todo, míster Bretton.

Se puso en pie.

—Y yo estoy ocupada. Adiós.

Traté de hacerle aún algunas preguntas, pero me llevó hasta la puerta y me estrechó la mano. Pese a que el interior de la casa

estaba caliente, aquella mano estaba fría. Lo noté con un ligero estremecimiento.

—¿Le ocurre algo, míster Bretton? —preguntó.

—Nada en absoluto.

Antes casi de darme cuenta estaba en el jardín. Volví a mi coche, y traté de localizar a Tom o Jim, no los vi.

Aquella misma tarde, llegó Tom, a primera hora.

—La damita no ha salido de la casa hasta las doce, en que ha dado un paseo. Luego llegó el marido y volvió a salir al cabo de una hora. Debe comer en casa. Y nada más.

—¿Dónde estabas? —preguté.

—En el parque. Con unos buenos prismáticos se puede simular que se está admirando a los animales pero en realidad la casa cae bajo la vigilancia. Al menos parte de la casa y desde luego la puerta.

—Conforme.

Dudé un momento.

—Alguna noche os echaré yo una mano. Puede que lo haga esta misma noche.

—Nunca está de más dormir un rato.

Tenía algunas cosas relativas a otros casos. Aquello me llevó hasta la hora de salir. Cené rápidamente en casa y me fui a Florest. Esa noche estaba nublada. Posiblemente llovería.

Me quedé quieto en el coche. Los árboles del parque se movían al viento. Comprendiendo que algún guardia podría extrañarse de ver a un tipo mucho tiempo en el coche, pensé traerme a alguna de las chicas que trabajan conmigo a veces, y simularíamos ser dos enamorados. Pero eso sería otra noche. Esta ya no daba tiempo.

Dejé pasar el tiempo, fumando a veces pero procurando disimular el ascua del cigarrillo. Nada ocurrió. A las tres de la mañana me largué. Probablemente aquella noche no ocurriría ya nada. Pero comprendí que si a la señora Johanssen se le ocurría salir más tarde, habría perdido la noche, pero no lo creía probable.

Me llamó Johanssen. Le dije que no había nada.

—Le hablo desde el club —dijo—. Anoche dormí profundamente.

—Su esposa no salió. Lo garantizo —repliqué.

—¿Es extraño —respondió. Parecía dudoso—. ¿Por qué lo haría?

—Lo ignoro pero trataremos de saberlo pronto. Ayer fui a ver a su esposa.

—¿Para qué?

—Quería conocerla. Eso es muy importante. Me fingí sondeador de opinión pública. Me trató amablemente, pero se negó a contestar.

—No se confíe —dijo—. Mi mujer es muy lista. Lo prueba entre otras cosas el hecho de haberse procurado un somnífero que el químico no conocía. Por cierto, voy a pedir la patente, es muy efectivo.

El hombre de negocios asomaba la oreja. Ni aún en medio de su aflicción olvidaba sus intereses.

Me despedí. Los informes no indicaron nada nuevo. Mistress Johanssen había almorzado fuera de casa con una mujer joven. Luego volvió a su domicilio. Aquella noche, nada, lo mismo.

La tercera noche decidí montar guardia yo. Pregunté a Lolly si tenía algo que hacer o llamaba a una de las chicas. Me dijo que ella podía hacerlo si cobraba horas extras.

—¿Te parece poco cenar y estarte un buen rato conmigo? —pregunté.

—Me parece demasiado. Si quiero paga extra es precisamente por tener que soportarte.

A las once nos aparcamos junto a la orilla del parque, y casi frente a la casa. Hacía un viento bastante desagradable. Un guardia pasó, curioseó ligeramente y vio dos enamorados hablando. Movié la cabeza y siguió. Luego volvió.

—Lleven cuidado —dije asomando la cabeza por la ventanilla cuando yo la bajé—. La otra noche atracaron a una pareja en el parque.

—No abriré sino a la autoridad —respondí—. Mantendré la ventanilla cerrada para todos los demás.

Se marchó. Nadie salió de la casa... hasta las doce y media.

Vi la figura cuando llegaba casi a la verja. Esta se abrió silenciosamente. Había poca luz. No suele haberla en los barrios ricos, pero incluso a aquella poca luz pude ver que se trataba de la señora Johanssen.

—Ella —dije a Lolly—. y va andando. Si la recoge algún coche, me las arreglaré para dejarte a ti y seguir yo solo,

—¿He aguantado todo este tiempo tus besuqueos y ahora quieres dejarme sin lo mejor? —preguntó—. Me refiero a saber dónde va la dama.

—Según el marido vuelve a las seis de la mañana y si tú te acuestas a las seis, mañana te dormirás mientras te dicto una carta.

Jeannette Johanssen andaba rápidamente, con paso airoso. Llevaba un impermeable de color cuero y un pañuelo en la cabeza. La pasé lentamente, doblé por la primera calle a la

derecha y volví luego a la Florest Road, a tiempo para verla. Había poco tráfico en aquella zona y eso suele ser mortal para un seguidor. No me atrevía a hacerle lo que llamamos el repaso y lamenté no haber estado allí con Tom o Jim y otro coche. Nos hubiéramos ido turnando, y hubiera sido mucho más difícil que se diera cuenta de que llevaba «cola».

No se volvió ni una sola vez. Por fin desembocó en Gobernador Rattigan, siguió por la acera de la Cámara de Comercio y llegó a Kosciusko. Allí había un poco de tráfico, debido a la salida de una convención en el Hilton.

Y fue justamente en el momento que decía a Lolly que la iba a dejar allí, cuando un coche se colocó a la altura de Jeannette, se abrió la portezuela y ella penetró, en el interior del vehículo. Este arrancó, salvó el semáforo en el último destello verde y yo me encontré cerrado por el amarillo. Había allí un policía y no me atreví a saltármelo.

—Baja —ordené. Lolly obedeció rápidamente. Me pareció que duraba una eternidad el rojo hasta que por fin se encendió y pude pasar. El coche, un «Oldsmobile» oscuro azul o negro, había desaparecido.

Lo busqué, vaya si lo hice, pero me fue absolutamente imposible dar con él. Llamándome burro di la vuelta y volví hacia Florest.

Dejé el coche dos calles más abajo de la casa de Johanssen y volví andando. Empujé la cancela rápidamente, volví a cerrarla y subí por el camino enarenado. La puerta de la casa, por supuesto, estaba cerrada.

Comenzaba a llover. Saqué mi juego de ganzúas —por cierto si alguna vez la policía me las cogía encima podía costarme la licencia—, e intenté abrir. Sabía a lo que me estaba exponiendo pero en ese momento no me importaba. Quería saber si una cosa que me rondaba por la cabeza era verdad.

Cerré la puerta tras de mí. Ignoraba la distribución de la casa. Saqué la linterna del bolsillo y dirigí su delgado y sordo rayo de luz hacia los peldaños de la escalera. Eran siete y llevaban a una puerta acristalada. Pasada ésta un corredor al que abrían las puertas de los dormitorios.

El primero y el segundo estaban vacíos. El tercero era un cuarto de baño. El cuarto, otro dormitorio y allí había —lo oí con la linterna apagada—, alguien durmiendo. Una respiración más bien pesada. Me atreví a encender la linterna y lo vi. Johanssen en persona. Una puerta llevaba seguramente al otro cuarto de baño, el que compartía con su esposa. Sin miedo ahora, toqué al durmiente. No se despertó. A su lado no había ningún vaso ni con

leche ni con nada.

Y ya estaba allí...

Salvé la habitación, pasando por el cuarto de baño y entré en el dormitorio de la mujer.

Olía a un perfume extraño, no penetrante, pero sí extraño. Me imaginé a la mujer sobre aquella cama, baja, pero ancha, y creí verla medio desnuda ante el tocador de amplio espejo. El pulso se me aceleró. Procuré tranquilizarme, respirando hondo. Me dirigí al armario y lo intenté abrir. Estaba cerrado.

Luego, a los cajones del comodín. Estaban igualmente cerrados. Y de nada sirvieron mis ganzúas, ni para uno, ni para otro. Las cerraduras debían ser especiales.

Aquel olor... Al perfume —ignoraba cuál pudiera ser— se mezclaba otro que me aturdí un poco. Sobre el comodín el habitual surtido de perfumes, cremas, etc. Algunas de ellas, del laboratorio del marido. Otras de marcas extrañas y algunas sin marca. Las olí para descubrir cuál de ellas era la que despedía aquel perfume extraño. No lo descubrí.

Lo que sí vi fue un cordel.

La habitación estaba escrupulosamente limpia. Aquel trozo del cordel me extrañó. Lo cogí —estaba en el suelo— y su tacto me extrañó. Era muy suave, pero tenía varios nudos. Lo acerqué a la linterna. Sí, estaba lleno de nudos. Era de un color ceniciento. Lo dejé en el mismo sitio en que lo había encontrado —no había que dejar señales de mi paso—, y salí.

Johanssen seguía durmiendo pesadamente. Salí al jardín y a la calle y me encontré de nuevo en mi automóvil. Cuando iba a meterme en él, una sombra se me acercó.

—Hola, Gene. ¿Cómo diablos te has metido ahí?

—Tom, te dije que yo iba a ocuparme de ella esta noche.

—Sí, pero me pareció que podría echarle una mano.

—Lo hubieras podido hacer antes, hermano, pero ahora maldito para lo que me sirves. Vuelve al parque.

Se marchó sin discutir. Es un profesional y no discute nunca.

Procuré no dormirme, pese a que la lluvia bastante intensa, me producía un efecto adormecedor. Miraba incesantemente mi reloj. Y fue a las cinco y media cuando vi la figura que avanzaba rápidamente por la acera, a las sombras de las ramas de los árboles.

Abrió la verja y se metió en el jardín. Allí la perdí de vista.

—Demencial —dije—. Una mujer que dispone de todo el día aprovecha de las doce a las seis de la mañana para ver a su amante. La próxima vez te pescaré, querida.

No la habían traído en coche. ¿Por qué? ¿Por qué diablos mojarse

como una idiota si el amiguito tenía coche?

No vi a Tom, pero seguramente estaría entre las frondas del parque. Volví a casa. Apenas entré, sonó el teléfono, y lo cogí, pensando que sería Tom.

—Hola —dije.

No me respondieron. Volví a decir «Hola» un par de veces y luego, escuchando una respiración al otro lado, añadí:

—Bueno, váyase al diablo.

Alguno de esos anormales o aburridos que no pudiendo dormir se dedican a llamar a los demás por la noche.

Me metí en la cama y dormí hasta las nueve y media.

CAPITULO 4

A las diez y media, mientras despachaba con Lolly, me llamó Johanssen de nuevo.

—Míster Bretton, anoche...

—Lo sé. Estaba haciendo el informe. La seguí, pero la perdí en un semáforo cuando alguien la recogió. Era un hombre, desde luego.

—¿La perdió? ¿Cómo es eso? —había una nota de sospecha y de decepción en su voz.

—Ocurre a menudo, si la gente es hábil.

—¿Quiere decir que ella sabía que usted la seguía?

—No, seguro que no, míster Johanssen. Lo que ocurre es que si ella se siente culpable es muy probable que procure guardarse por todos los medios. Pero no se preocupe, porque eso me ocurre una vez, no dos. La próxima vez no se me escapará. El coche era un «Oldsmobile» azul oscuro o negro. ¿Conoce a alguien que tenga uno igual?

—¿No se fijó en la matrícula?

—Había llovido y la tenía embarrada. Conozco mi oficio, señor Johanssen. Pero a veces, le digo, esto ocurre. Son gajes que hay que soportar.

—Estoy muy decepcionado, míster Bretton. Comprendo lo que me dice, pero me encuentro muy... En fin, he pensado incluso en hablar con ella.

—Como quiera, pero si ella niega y luego toma mayores precauciones, jamás sabrá usted la verdad.

—¿No me lo aconseja?

—Pues... no me gusta aconsejar, pero yo no lo haría.

—Bien, esperaré un poco más, pero... No sé. No sé.

—¿Dónde vive su hijo, míster Johanssen?

—¡Le digo que él no tiene nada que ver con ello!

—Lo sé, lo sé, pero, ¿por qué no enfrentamos todas las posibilidades?

—No quiero que lo meta en esto, Bretton.

—No lo haré, por supuesto.

—Vive en Lafayette, 305, en los apartamentos «Las Vegas». Pero ya le digo que no tiene nada que ver con el asunto.

Colgó. Me estaba jugando un cliente muy bueno. El hombre estaba desesperado y lo comprendía. Lolly dijo:

—Está llegando al límite, ¿no?

—Creo que sí. Ha vivido varios meses en tensión. Puede derrumbarse y buscar una explicación con la dama. Tenías tú razón. Es particularmente estúpido dormir al marido para salir a unas horas absurdas. Se expone mucho cuando podría dormir con

el amante tranquilamente a las doce de la mañana. No tiene sentido.

—A no ser que le guste verlo a esas horas, Gene. Hay quien tiene gustos extraños.

—¿Tú lo harías?

—No tengo amante, ni estoy casada, y si lo estuviera no creo que engañara a mi marido.

—Calla, hermana de la caridad. Nunca se sabe de lo que es capaz una persona hasta que se la pone en condiciones de hacer algo.

Llegó Tom. Venía fresco y oliendo a loción.

—Se me escapó en Kosciusko —dije—. Montó rápidamente, sin parecer haber visto al coche hasta entonces y salieron con el verde cambiando. La próxima noche seremos dos. Uno delante y otro detrás.

—¿Esta misma noche?

—Vosotros dos, hermanitos. Yo tengo que ocuparme de otro asunto.

—Conforme. Oye, ¿no te parecen unas horas un poco raras para verse con su corazoncito?

—Sí.

Ni aquella noche ni la siguiente ocurrió nada. Pero sí a la tercera.

Recibí el informe por la mañana. Johanssen no me había vuelto a llamar.

Fue Jim, muy parecido a su hermano, el que vino a darme el informe.

—La seguimos como dijiste. Yo estaba detrás, cerca de la casa y Tom un poco delante. Cuando ella salió le envié los destellos, como habíamos convenido. Nos fuimos turnando y por fin, en el cruce Adams con Guadalcanal un «Oldsmobile» la levantó. Le fuimos dando pasadas y, Gene, palabra, la parejita nos hizo dar más vueltas que un tío-vivo. Por fin pararon en ese edificio de apartamentos que hay en...

—¿«Apartamentos Las Vegas»? —pregunté rápidamente, interesado.

—Oh, no. Se trata de unos que hay en «Reserve». Un cuadrilátero con aparcamiento interior, en un jardín. No vimos exactamente en cuál de los apartamentos se metió. Nos quedamos vigilando hasta que salieron, a las cinco, y volvieron a casa. El hombre —era un hombre—, la dejó en Kosciusko de nuevo.

—¿Quién siguió al hombre?

—Yo. Volvió a dar vueltas y después tornó a «Reserve». No parecía tener mucha prisa en dormir, cosa extraña si pensamos en que...

—No pensemos, Jim. ¿La matrícula del coche?

—No era de este estado sino de Florida. Aquí la tienes.

Me entregó un papelito. La miré. Mal asunto. Yo no conocía a nadie en Florida para que me diese información sobre el propietario de aquella matrícula. Pero quizá pudiera arreglarlo.

—¿No conseguisteis la segunda vez saber dónde se metía?

—Es muy difícil. Hay allí muchos árboles, y son muchas puertas. Pero es alto y tiene el pelo muy claro. Mucho. Rubio muy claro o... bueno, me parece que te vas a reír, pero a mí me pareció blanco.

—No me vas a decir que ella deja a un viejo para buscar otro.

—No, no andaba como un viejo pero tenía el pelo muy claro. Es lo que pude ver a la poca luz que había allí. Ya sabes que no soy un aficionado, muchacho, sé lo que hago. De todas formas se metió en uno de los apartamentos de a mano derecha según se entra en el cuadrilátero. Ah, y otra cosa, que seguramente no tiene nada que ver con el asunto pero que nos extrañó. Cuando él y ella salieron, un instante después, algo así como un par de minutos, salió otra pareja del mismo sitio u otro junto a él.

—No me digas que hay una casa de citas allí.

—No te lo digo, pero podríamos investigar.

—De acuerdo. Y ahora, díctale el informe a Lolly.

Llamé a un amigo en la policía de tráfico y le pregunté si podía informarme sobre una matrícula de Florida.

—Te costará una llamada larga distancia —respondió—. Y una botella.

—Las pagaré, —y le leí la matrícula. Me dijo que me llamaría al cabo de una hora. Mientras, Tom dictó a Lolly el informe. Una de las copias me la metí en el bolsillo. Cuando terminaba de hacerlo, sonó el teléfono.

—Apunta —me dijo mi amigo—. He utilizado mi influencia oficial, así que deberían ser dos las botellas. Aquí lo tienes. El coche está a nombre de Burgess, Guy Burgess, de San Agustín, Florida.

—¿Tienes más detalles sobre él?

—Cuarenta y cinco años. Procedente de L. A. California.

—Buen trabajo.

—¿He ganado las dos botellas?

—No seas abusón. Tomamos una copa a medio día y te pago la llamada y la botella.

Inmediatamente llamé a Johanssen, con mi nombre de Packer. Me dijo que me llamaría más tarde y lo hizo en seguida, desde otro sitio, al parecer.

—¿Sí, Bretton?

—Tengo un informe para usted.

—¿Definitivo?

—No, pero si muy importante. ¿Puede usted verme hacia el mediodía?

—A mediodía, no, pero ahora, si quiere, podría hacerlo. Voy a su despacho.

Llegó menos de un cuarto de hora más tarde. Le di el informe y lo leyó atentamente.

Cuando acabó, su mandíbula movíase rítmicamente.

—Guy Burgess... No lo conozco.

—¿A nadie de Florida, tampoco?

—Oh, sí, pero a ese no. Nosotros hemos estado en Florida varias veces, en invierno, sobre todo. Quizá lo haya conocido allí. Bien, ¿creen que podrán ustedes localizarlo... es decir, identificarlo lo suficiente como para que pueda hablar con mi mujer?

—Lo estamos intentando.

—Gasten lo que sea necesario. No reparen en gastos. Mire... le voy a dar otros cinco mil dólares. Si es necesario, envíen a alguien a Florida, y que traten de saber quién es ese hombre.

—Pensaba pedirle autorización para ello. De todas formas creo que podremos localizarlo aquí.

—No, no, quiero además saber todo lo relativo a él, quién es, qué hace, todo. Porque, no tengo inconveniente alguno en decirle, que si puedo lo hundiré. Sí, lo hundiré. Tengo fuerza, poder, cuando lo necesito, amigos.

Se retorció las manos.

—No soy mucho más viejo que él, ¿por qué tenía que haberlo escogido? ¿Por qué? Yo le he dado seguridad, le he dado dedicación, le he dado... Su voz había ido subiendo hasta tornarse aguda. Lolly abrió la puerta silenciosamente para mirar. Pero Johanssen ya se calmaba.

—Lo... lo siento, Bretton. Bien, haga lo que sea necesario. Y téngame al corriente.

—¿Qué hacía su esposa antes de conocerla usted, míster Johanssen?

—Pues... en realidad, no lo sé bien. Algo artístico, creo. No me preocupé, y ella no habla nunca de su vida anterior. Ya le digo, lo único que me interesó desde que la vi fue hacerla mi esposa. Yo... yo la amo mucho.

—Su pelo, míster Johanssen —dije de pronto— ¿Es natural?

—¿Cómo?

—El pelo de su esposa. ¿Es el color natural suyo, el que lleva?

—Pues... no sé a qué viene... sí, sí lo es. Jamás va al peluquero. Se lo arregla ella misma. Es muy hábil.

—Míster Johanssen, ¿me permite una pregunta muy personal?

Se puso a la defensiva.

—Pues... depende.

—No conteste si no lo desea. ¿Su esposa es... una mujer fría, o no?

—No entiendo.

Tenía que haber entendido, pero no quería contestar, eso era evidente.

—Déjelo —dije—. Dispense.

—Si se refiere a si es fría sexualmente, le diré que no.

—Respondió un poco violentamente.

Yo recordé la frialdad de las manos de la mujer. Pero eso no quería decir nada.

—Lo que sí le ocurre es que los climas fríos no le van

—dijo de pronto—. Si por ella fuera viviríamos siempre en Florida. Florida... —añadió un poco amargamente—. Bien. Bretton, me voy.

Se marchó. Vi a mi amigo, el policía de tráfico, y le pagué y le di la botella. La miró amorosamente.

—¿Vas a investigar a este individuo?

—Sí.

—Bueno, si envías a alguien a Florida, yo te daré las señas de un colega de allí. Y lo mismo si quieres hacerlo en L.A.

—Casi seguro que lo voy a utilizar. Quiero investigar al tipo del «Oldsmobile». Enviaré a un hombre a Florida o iré yo mismo.

Me dio las señas de su amigo y nos despedimos.

Me dirigí rectamente a los apartamentos «Reserve». No era un lugar demasiado caro, pero tampoco barato. A la derecha, dentro del jardín, había diez puertas. Vi a Jim hablando con un hombre que debía ser uno de los intendentes del edificio, pero no le hablé. Salí y me quedé en el coche. Jim se reunió conmigo un poco después.

—Ya sé quien es —dijo—. Un tal Guy Burgess.

—¿Algo más?

—Según el conserje es un tipo suave, con el que no tiene problemas. A veces recibe mujeres, u hombres, pero no hacen escándalos. Paga bien. Por otra parte, el conserje se preocupa poco de lo que hacen los vecinos siempre que paguen y no hagan venir a la policía.

—Quiero un hombre tras las huellas de Burgess. Por cierto, ¿es el dueño del «Oldsmobile»?

—Sí. Y por cierto el pelo es blanco, pero no es un viejo ni mucho menos.

—Bien, llamad a algún muchacho y no lo perdáis de vista. Y tratad de enteraros de todo lo que podáis sobre él.

—Míralo —dijo de pronto Jim.

Llegaba el coche. El hombre lo dejó a uno de los lados y se bajó. Era alto, con el pelo blanco peinado hacia atrás. Llevaba una trinchera oscura, con el cuello levantado. No lanzó siquiera una mirada en nuestra dirección. Era un hombre guapo, de facciones extraordinariamente correctas. Abrió la puerta y entró en los departamentos.

—¿En qué piso vive? —pregunté.

—En el bajo.

—¿Se podría entrar?

Dudó

—Lo dudo mucho, Gene. Entra y sale a horas inesperadas. Tal vez cuando sepamos mejor quién es podamos hacerle ir a alguna parte y aprovecharlo.

—¿Qué hace? ¿En qué se ocupa?

—El portero no lo sabe. Ya te digo que no se ocupa de nada. Me ha costado diez dólares sacarle información.

—Está bien. No lo perdáis de vista.

Estaba pensando en que me iba a tocar ir a San Agustín, Florida, para enterarme de más cosas, sobre todo si Johanssen apretaba.

—El conserje, ¿tiene algún asistente nocturno?

—No hace falta, —dice—. Los ascensores son automáticos. Se mete en su casa hacia las diez y media y deja que cada uno se las arregle.

—O sea, que cualquiera puede hacer entrar y salir a quien quiera. ¿Cuándo es el primer vuelo para Tampa?

—A las siete de la tarde.

Tendría que preparar un poco de equipaje. Aunque también podía dejarlo para el día siguiente. Decidí hacerlo así.

Me marché a comer algo. Luego llamé a los laboratorios y pedí hablar con míster Henry Johanssen. Cuando atendió le dije que era un periodista que estaba haciendo unos artículos sobre las mujeres y la belleza y que si podía concederme una entrevista.

—Lo siento, no —respondió—. Pero le puedo poner con el departamento de relaciones públicas del laboratorio. Yo no llevo esa parte del negocio.

—Bien, pero me gustaría hablar con...

—Lo siento, le pondré con el departamento apropiado

—respondió y colgó. Yo colgué también. No quería hablar con nadie que no fuera él.

Dediqué la tarde a otros asuntos. Dije a Lolly que me reservase una plaza en el avión a Tampa para la mañana siguiente, y esa noche me fui a dormir a casa, decidido a estar descansado por la mañana.

Me levanté a las ocho y mientras desayunaba cogí el periódico. Allí, en la segunda página estaba. La cara de míster Johanssen me miraba desde una fotografía. Míster Johanssen, director propietario de los laboratorios P. & J. había muerto aquella noche de un ataque al corazón.

Fui a la oficina y pedí a Lolly que anulase el viaje. Cuando le dije por qué, abrió mucho los ojos, asombrada.

—Pero si parecía un hombre muy sano —dijo.

—Los sanos también mueren —respondí. Me quedé un momento pensativo.

La muerte había sido repentina, y él parecía sano. ¿Se habría hecho un chequeo últimamente? Podía intentar comprobarlo, pero iba a ser difícil.

Cogí la trinchera y me dirigí rápidamente en el coche a Florest. Había bastante animación ante la casa. La cancela estaba abierta y un gran número de coches entraban y salían. Entré y me dirigí hacia la casa, andando bajo la fina lluvia. En el vestíbulo había mucha gente también pero lógicamente no vi entre ella a la viuda. Sí vi a un par de periodistas amigos y me llevé a uno de ellos a un lado.

—Lew —dije—, ¿Sabéis algo que no diga el periódico?

Como yo le había dado algunas veces informaciones válidas, el hombre no se hizo rogar.

—No gran cosa aparte de ello. Murió hacia las tres de la mañana o las cuatro, según el médico.

—¿Le van a hacer la autopsia?

—¿Para qué? La cosa está clara.

—¿Qué médico certificó?

—¿Estás interesado en el asunto? —preguntó ávidamente.

—Hice algunas investigaciones privadas para él, en cierta ocasión.

—El doctor creo que es un tal Boyle.

—¿Era su médico particular?

—Creo que sí.

—Entérate, por favor, Lew, ¿quieres?

—Oye, si tienes alguna cosa en la cabeza cuento con ello, si es noticia, ¿no?

—Cuentas con ellos, sí. Pero quisiera que te enterases.

Cuando volvió al cabo de unos minutos, afirmó con la cabeza.

—Sí, era uno de los médicos que lo atendían normalmente. Dice que Johanssen había presentado en alguna ocasión ciertos síntomas. Boyle es un hombre importante.

—Gracias, muchacho.

Un hombre alto, de cabellos rubios, estaba estrechando manos a poca distancia. Llevaba lentes y parecía muy afectado.

—Ese es el hijo - dijo Lew—. Bueno, chico me voy para la redacción.

Me acerqué a Johanssen y le estreché la mano. Respondió con indiferencia, sin preguntarme quién era yo siquiera. Estaba buscando a la viuda, pero ésta no se hallaba por ninguna parte.

—¿Podría saludara mistress Johanssen? —pregunté.

—Está descansando. El médico le ha dado un sedante —fue la respuesta cortés.

Me fui. Como nadie preguntaba a nadie lo que hacía allí, di una vuelta por el parque. Al final de éste había un invernadero, lleno de plantas raras. No soy aficionado a la botánica. Lo que estaba tratando era de encontrar otra entrada a la casa, pero allí había varias personas que me miraron con sorpresa. Me marché.

No hubo autopsia. El cuerpo fue llevado a la funeraria. Yo me pasé por allí para ver quién desfilaba ante el cadáver. Esa noche no había podido dormir; me sentía pesado y tenía los nervios a flor de piel.

Yo debía haber avisado a la policía. Esa era mi obligación, pero por las razones que fuera no lo había hecho y ahora era ya un poco tarde. Me había debatido entre esta duda y al pensar que la policía me diría que no hay relación entre una mujer que engaña a su marido y una muerte natural.

Pero de todas maneras, yo no estaba tranquilo. ¿Habría tenido Johanssen una explicación con su mujer y le había sobrevenido el infarto?

Vi al hombre en cuanto entró. Alto, de cara tostada por el sol y el pelo blanco. Tenía un aspecto muy juvenil, y las mujeres lo considerarían guapo. No obstante había algo en él que repelía a los hombres. Al menos me repelía a mí. Sus ojos eran ligeramente triangulares. Pasó ante el cadáver, lo miró un instante y luego siguió. Yo fui detrás de él.

Salió a la calle y se encaminó a mi antiguo conocido el «Oldsmobile» azul oscuro. Lo seguí, por entre el tráfico y vi cómo se dirigía a Florest. A consolar a la viuda, seguramente. Sentí durante un instante una oleada de rabia. Rabia y... envidia, quizá. Me ponía frenético pensar que aquel tipo podría abrazar a Jeannette.

Fue entonces cuando tomé mi decisión.

CAPITULO 5

EL entierro se celebró al día siguiente. También asistí a él.

Fue muchísima gente y el pastor presbiteriano lanzó una chaparrada de alabanzas sobre el hombre cuyos seis mil quinientos dólares me pesaban en la cartera.

Esa misma mañana me había puesto en comunicación telefónica con una agencia de detectives privados de Miami. Le expliqué al director lo que quería y me prometió informarme lo antes posible. Daría un buen mordisco al dinero que me había dado Johanssen, pero no me importaba.

La lluvia continuaba cayendo fría y densamente ese veintisiete de octubre cuando a las siete y media de la noche llegué a la casa de Florest. La cancela estaba cerrada. No me preocupaba. Llamé al interfono y una voz gangosa me preguntó qué quería. Un mensaje para mistress Johanssen, respondí.

Hubo un silencio, luego la puerta se abrió. Caminé hasta la casa. En la puerta estaba la mujer.

—Hola —dijo—. Pase.

Ni una pregunta siquiera. Pasé a la misma sala donde me recibió la primera vez. El fuego ardía en una chimenea francesa, ese fuego de leña que solamente los muy ricos pueden proporcionarse actualmente.

—¿Abandonó ya las opiniones públicas, Bretton? —preguntó.

—Nunca las hice — respondí duramente.

—Y yo lo sabía.

Me tomó por sorpresa, cuando esperaba sorprenderla yo.

—¿Lo sabía?

—Síntese. ¿Quiere beber algo?

—No. gracias. ¿Qué más sabe?

—¿Por qué viene aquí haciendo preguntas, Bretton? ¿No debería ser yo la que le preguntase qué quiere?

—Hágalo y se lo responderé.

Me miró. Estaba vestida con un traje de lana que se amoldaba perfectamente a las curvas de su cuerpo.

Llevaba el pelo ceniciento recogido en lo alto de la cabeza. Ello acentuaba la inclinación oblicua de sus ojos verdes. Estaba tan bella que cortaba la respiración.

—Apenas es necesario: Bretton, Eugene S. Investigaciones. Anuario telefónico.

—Usted me llamó una madrugada por teléfono, —acusé.

—Yo fui. Quería saber si era su voz. Lo era. Y ahora, ¿qué quiere usted?

—Su marido me contrató.

—Para seguirme. Lo sé.

—¿Se lo dijo él?

—Lo adiviné. Era tan fácil... ¿No quiere beber algo, Eugene?

—Gene, solamente —respondí, ligeramente desarmado—. Una ginebra. ¿Tiene?

—Hay de todo. Paul no bebía casi nunca. Yo bebo algunas Veces, pero hay de todo.

Fue hacia la estantería y abrió la parte media- Un bien surtido bar se ofreció a mi vista.

—¿Ginebra rosa?

—Sí.

La sirvió delante de mí.

—No tiene nada más que alcohol y bayas de enebro —dijo, mientras yo miraba al trasluz el líquido ligeramente coloreado—. No le he puesto nada, pero si quiere beberé otra con usted.

La maldita mujer parecía adelantarse a mis pensamientos. Y no es que yo esperara que hubiera puesto nada en la botella, pero había pensado durante unos instantes en cómo «domesticaba» a su marido.

En ese instante vi algo. Con el rabillo del ojo observé un movimiento a mis pies. Bajé la vista. Un gran gato muy oscuro estaba agazapado junto a mi sillón. Movía la cola, y tenía los ojos clavados en mí.

No me gustan los gatos. Me ponen nervioso. El animal estaba muy cerca de mí, tanto que me tocaría si quería.

—¿Le molesta? —preguntó ella—. Vete, «Robin».

«Robin» se alejó unos pasos, saltó a un sillón y se quedó allí, recogido sobre sí mismo, mirándome.

—Bien, sí —dije—. Su marido me encargó que la vigilase.

—Pobre Paul. Siempre sospechando de todo el mundo.

—En lo que se refiere a usted tenía toda la razón.
—¿Porqué?
—Usted lo drogaba y luego salía a reunirse con su amigo.
—Con mi amante, quiere decir.
—Eso no es de mi incumbencia. Su marido me pagaba para decirle con quién se reunía usted cuando salía de noche y regresaba a la madrugada.
—Con el canto del gallo.
—¿Qué?
—Regresaba con el canto del gallo, ¿no es eso?
—Mire, señora Johanssen...
—Jeannette.
—Sí. Escuche, no quiero verme envuelto en velos flotantes. Usted dormía a su marido. Luego se reunía con un hombre. Eso fue lo que le dije a su marido y pensaba decirle más.
—¿Qué, por ejemplo?
—Quién es ese hombre.
—¿Y quién es, según usted?
¿Hacía demasiado calor? ¿Era quizá la mirada de aquellos rasgados ojos verdes? Me aflojé el cuello de la corbata.
—Ahora supongo que ya no importa.
—Si no pudo decirlo a mi esposo, debería usted decírmelo a mí.
Se puso en pie perezosamente.
—¿Por qué ha venido, Gene?
—Porque tengo la idea de que su marido ha muerto por su culpa.
—¿Alguna prueba, Gene?
—Ninguna, por supuesto. Solo una corazonada.
—Llévela a la policía y verá lo que dice sobre sus corazonadas.
—Tal vez lo haga. Y tal vez no.
—¿Un chantaje, Gene?
—Por supuesto que no. Pero me gustaría saber por qué salió usted precisamente a esas horas de la madrugada, cuando podría verse con Burgess en cualquier momento del día.
—¿Le gustaría de veras saberlo?
—Sí.
—¿Cómo supo mi marido que lo drogaba? No estoy admitiendo nada por supuesto, pero ¿cómo lo hizo?
—Analizó uno de los vasos de tila.
—Lo suponía. Bien, Gene, estamos lo mismo que al principio, ¿verdad? Yo creo que ni usted mismo sabe lo que quiere.
—A usted —dije con voz ronca. Las palabras se me habían escapado.
—¿De veras? No me asombra. Muchos hombres me quieren «a mí». Pero no soy fácil de Conseguir, Gene. Nada fácil. A mí no

llega un hombre, me mira y me dice que me desea y yo caigo en sus brazos. No es esa la manera. Usted es un hombre atractivo... en cierto modo.

Yo también me había puesto en pie. Me acerqué a ella. Ni intentó siquiera retirarse. Le puse las manos en los hombros. Estaban fríos, tentadores. No intentó separarse, pero me pareció como si una barrera de hielo se hubiera interpuesto entre ambos. El gato maulló amenazadoramente. Me pareció.

—Más vale que se vaya —dijo ella tranquilamente—. No va a conseguir nada.

—¿Puedo volver a verla? —pregunté roncamente.

—Venga pasado mañana.

El corazón me dio un vuelco.

—¿A qué hora?

—A las nueve. Y ahora, váyase.

No había más remedio que obedecerla. Miré a mi alrededor. Habían cambiado algunas cosas en la sala. Había otros libros y de la pared colgaba algo que me pareció una estatuilla. La miré más de cerca. Era de madera y parecía muy vieja.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Un semihomo —respondió cogiéndome de la manga de la chaqueta.

—¿Un qué?

—Un semihomo. Usted no lo sabe y ahora es tarde. Venga pasado mañana.

Me acompañó hasta la puerta y ella misma abrió la cancela desde el interfono. No intenté siquiera besarla. Sabía que hubiera sido inútil.

Me fui a casa y me preparé un whisky. Cuando me iba a quitar la chaqueta, hice lo que hago casi siempre mecánicamente. Me registré el bolsillo para sacar las llaves. Las saqué, y algo más, también.

Una cuerda con nudos, exactamente o igual o la misma que viera en la habitación de Jeannette,

Y sin embargo, yo había dejado aquélla en el dormitorio, de eso estaba completamente seguro. ¿Cómo diablos, entonces...?

La examiné de cerca. Eran unas hebras trenzadas de color ceniciento... No podía ser, era una tontería, pero... Separé una de las hebras y la examiné con una lupa. Ahora ya no cupo ninguna duda. Eran cabellos humanos y apostaba lo que fuera necesario a que eran cabellos de la misma Jeannette.

Cogí el teléfono, y con él en la mano pensé un momento. Yo estaba absolutamente seguro de que no lo había cogido en ningún momento. En ese caso sólo de una manera podía haber llegado a

mi bolsillo: ella lo había puesto allí, pero, ¿con qué fin?

Marqué el número y respondió con la señal de comunicando. Volví a marcar varias veces en los siguientes diez minutos y continuamente oí la misma señal. Luego, por fin, cesó de comunicar pero aunque esperé mucho tiempo nadie cogió el aparato al otro lado de la línea.

Abandoné, Volví a coger el extraño objeto. Maquinalmente conté los nudos: eran nueve. Algo me estaba rondando por la cabeza. Yo había oído hablar en alguna ocasión, o había leído algo sobre una cuerda con nueve nudos. Pero, ¿qué? Y, ¿cómo había llegado a mi poder aquello? ¿Cómo diablos había entrado en mi bolsillo?

Bien, a la mañana siguiente preguntaría a Timothy M. Rourke. El debía saber aquello. Por el momento lo único que podía hacer era marcharme a la cama.

Bebí un par de whiskys, mientras jugueteaba con la cuerda. Cabello humano... Estaba por jurar que eran cabellos de Jeannette. El mismo color, la misma textura... Por otra parte, los ojos de la mujer no se apartaban de mi cabeza.

Me fui a la cama, temprano. La lluvia batía los cristales con fuerza. Después de leer un rato unos informes que me había llevado del despacho, pero sin apenas fijar mi atención en ellos, apagué la luz y me adormecí.

No era solamente la lluvia. También se había levantado un fuerte viento, pero lo mas curioso es que el viento había entrado en mi apartamento. Lo sentí cuando llegaba primero hasta mi cara y luego a mi cuerpo, pese a que estaba bien tapado.

«Se ha debido abrir una ventana», pensé vagamente, sintiéndome como en el vértice de un remolino. «Tendré que levantarme a cerrarla».

Pero me encontraba tan a gusto entre las sábanas que no me moví. No hasta que vi llegar los ojos.

Fueron primero como dos puntos luminosos cerca del techo, y que se iban agrandando poco a poco.

«Jeannette», pensé. «Son los ojos de Jeannette».

Eran y no eran al mismo tiempo. Los puntos se habían resuelto en unas pupilas colosales, verdes, en las que danzaban diminutas chispas doradas y otras ígneas, girando en remolinos.

Los ojos crecían hasta que me pareció que podría tocarlos con la mano. Pero seguía sin moverme, sólo que ahora, sí quería hacerlo pero «no podía».

Estaba atado en la cama. No podía mover ni brazos ni piernas. Y a cada segundo, las gigantescas pupilas se acercaban más a mí. «Estás soñando», me dije.

Aquellas chispas parecían formar a veces incluso palabras, pero me resultaba difícil interpretarlas. Giraban locamente, luego formaban una palabra, letras extrañas y nuevamente volvían a danzar. Sentí que ahora ya ni siquiera «quería» moverme. Estaba siendo poco a poco aprisionado también en mi voluntad, pero lo más extraño de todo es que me daba cuenta perfecta de lo que estaba ocurriendo. Lo sabía, pero no deseaba cambiarlo.

Fue entonces cuando a la sensación óptica se mezcló la auditiva. Al principio creí que sería un maullido y busqué con los ojos de dónde procedía; dónde estaba el animal que lo producía.

No había ningún animal y lo comprendí en seguida. Eran los ojos los que estaban hablándome.

—Ven —dijeron—. Ven, ven, ven.

—¿Dónde? —pregunté en mi pensamiento.

—El señor te llama. El señor quiere que acudas.

Ignoro si eran aquellas mismas palabras, pero me pareció natural y lógico que el señor me llamase.

—No puedo moverme.

«Podrás. Tócalo, acarícialo».

Yo no había movido una mano, estoy dispuesto a jurarlo pero sentí en mi diestra el contacto con la cuerda de nudos. La acariciaba entre el pulgar y el índice, suavemente.

«Así».

El viento se hacía más y más fuerte según los ojos se acercaban. Sin salir de las sábanas, apenas sin moverme, me sentí arrastrado hacia la ventana, como si fuera el mismo viento quien lo hiciera. Había perdido peso, simplemente era ingrávido, y giraba en el centro del ciclón.

Los ojos se habían colocado justamente encima de la ventana, como si estuvieran marcando el camino. Vi acercarse el rectángulo de la ventana, ampliándose cada vez más según me aproximaba.

—Me caeré —pensé.

«No te caerás. Volarás con la fuerza del señor. Sobre sus lomos cabalgarás. No temas».

No sentía temor alguno ni incluso cuando vi que la ventana no estaba ya «ante mí», sino «tras de mí». El cielo y la tierra eran míos, y yo volaba entre ellos.

Volaba. Estaba volando. Yo no sentía mi movimiento, pero veía pasar debajo de mí las luces, un río de luces. Iba tan aprisa que las luces acabaron pronto.

Estaba volando por encima del bosque y de las montañas. Cada vez más aprisa. Yo formaba parte del viento. Vi las nubes y la cara de la luna asomando a veces entre ellas. Lo más curioso es

que en ningún momento sentí miedo. «Estoy soñando», pensaba continuamente y me dejaba llevar.

Súbitamente me pareció que ganaba peso. Había notado que no estaba solo en el aire, sino que alguien más volaba conmigo, pero sólo lo sabía, no lograba ver quién era.

La sensación de ganar peso aumentaba: estaba descendiendo. Vi la luna girando, casi al mismo tiempo que aparecieron de nuevo los ojos:

—Ven, el señor te llama.

Las copas de las hayas y de los castaños se acercaban, girando también vertiginosamente. Miré mis brazos. Estaban extendidos como si fueran un par de alas, y caía, caía, con una placentera sensación.

Vi el claro entre el hayedo, y en medio de él una luz roja, una hoguera. Unas figuras iluminadas por un lado y sombrías por el otro, se movían alrededor rítmicamente, cuando mis brazos, como un par de alas, me depositaron en el claro.

«El señor te llama. El señor no tardará».

Y súbitamente me encontré en pie. Una mujer pasó a mi lado moviéndose en trance, los ojos cerrados y vestida sólo con una camisa.

«Estás soñando», me dije satisfecho. «Sueñas».

Luego, un hombre, luego otro, y una mujer más. No me miraban pero una de ellas me tendió la mano y se la cogió. Un momento después me incorporaba al baile.

Danzábamos lentamente, moviendo los hombros a compás, y levantando las piernas. La música era monótona, una música de flauta que se elevaba y bajaba en salmodia rítmica. Poco a poco se iba acentuando.

Mientras bailaba, vi que estaba desnudo, pero no me avergonzaba de mi desnudez. Me parecía la cosa más natural. Nadie llevaba ya ropas, y nadie tampoco se avergonzaba. Vi pechos femeninos colgantes, pechos turgentes flácidos, piernas gruesas y delgadas.

La música paró y todos nos volvimos hacia el centro. Una figura sombría acababa de aparecer, al otro de una gran piedra plana y me resultaba casi imposible ver las facciones, pero sí que parecía lleno de pelo.

Pero lo que más me llamó la atención fue ver que sobre la plana piedra estaba el cuerpo extendido de una mujer desnuda.

—¡El señor ha llegado! —oí—. El señor ha llegado para la ofrenda.

El grito lo habían lanzado todos los danzarines. Yo mismo grité también que el señor había llegado. Y que la ofrenda iba a

comenzar.

Olía de una manera muy extraña. El ser que había al otro lado de la piedra se alzó hasta conseguir una estatura enorme. Ahora vi los ojos. Eran los ojos que había visto en mi habitación. Los mismos ojos amarillentos, verdosos, colosales...

Me desperté bañado en sudor y con los labios secos. La cabeza me daba vueltas. Tanteé y encontré las sábanas y la colcha arrugadas, pero «estaba en mi cama, no en el bosque».

Al incorporarme sentí náuseas y me agarré a la mesilla de noche. Tenía algo en la mano. Miré y vi que era la trenza anudada. La solté, dejándola caer al suelo.

Me arrastré hasta el baño y me duché. Frío, caliente. Los dos grifos me parecieron por un momento los ojos que me habían guiado en el absurdo sueño. Cuando me encontré un poco mejor me hice café y lo bebí ardiendo. Miré la hora. Eran las doce y media. Todavía un poco tembloroso fumé una pipa, sentado en mi sillón, junto a la ventana. ¡Qué sueño! Lo más asqueroso de todo es que yo había vivido unas horas... —¿horas?—, que en el sueño no me habían asustado, en absoluto. Era ahora, despierto, cuando rebelaba contra ellas.

Pero, ¿lo había soñado? Había sido tan vivido que me parecía imposible. Yo había volado, yo había aterrizado en el claro del bosque, yo había visto a una mujer desnuda tendida sobre una piedra plana. Yo había visto...

Lo confieso: tenía miedo en cierto modo de dormirme y al mismo tiempo deseaba dormirme para continuar un sueño absurdo. Porque la escena no había acabado. Yo me había despertado demasiado pronto, antes de que terminase «aquello» que me había llevado al bosque.

Tomé otro café y volví a la cama. Pero no soñé más. Me desperté cuando el teléfono me martilleó junto a la oreja.

—Hable —dije roncamente.

Hubo un silencio.

—Hable —repetí.

—Espero que no habrá olvidado nuestra cita para mañana a las nueve —dijo Jeannette.

Casi di un salto de la cama. Y sin embargo... ¿había algo más natural?

—No —dije, un poco tontamente—, Claro que no.

—Supongo que habrá dormido bien —insistió la voz. Era una voz susurrante. Deseé más que ninguna otra cosa tenerla a mi lado y que lo dijese al oído. El registro de su tono era absolutamente... íntimo. Íntimo y al mismo tiempo lejano.

—Se lo diré mañana —respondí mirando mi reloj. Eran las seis de

la mañana.

—Yo te esperaré —dijo. Y colgó.

¿Para qué intentar dormir? Me encontraba ahora terriblemente excitado.

Me volví a duchar, como si quisiera limpiar algo que no debiera estar en mi cuerpo y me preparé el desayuno. A las ocho en punto estaba en mi oficina. Lolly no llegaría hasta las nueve. Cogí el teléfono y llamé a M'Rourke.

Lo encontré en su despacho de la biblioteca municipal de la que es el director. M'Rourke y yo nos criamos juntos y juntos estudiamos. Yo no acabé mis estudios superiores, pero él sí, y «magna cum laude». Es escritor y sus libros muy especializados, se han publicado en todos los Estados.

—Pat —dije—. Quisiera hablar contigo.

—Hazlo —respondió concisamente.

—No, ahora no, y menos por teléfono. ¿No podríamos vernos a mediodía?

—Estoy en mi despacho. Si nos vemos a mediodía pretenderás hacerme beber y comer y son dos cosas que me gusta hacer a solas y con parquedad.

Por Dios, pedante, iré a tu despacho. ¿Te parece bien ahora?

—Me parece bien. Ven.

Lo encontré en su despacho cómodo y sin libros. ¿Para qué querría más que los que hay en la biblioteca, toda a su disposición?

M'Rourke es un hombre alto, estrecho de hombros, y nada en él hace pensar en el clásico irlandés, pese a que lo es por los cuatro costados.

—¿Qué diablos te ocurre? —preguntó.

—Verás. Ante todo, no te rías.

—No pienso reírme. La última vez que lo hice fue cuando abdicó Nixon.

—Bien, dime qué es esto.

Le tendí la trenza. La cogió y comenzó a examinarla, quitándose los lentes. La miró y remiró y por último dijo:

—¿De dónde has sacado esto?

—Después de que me digas lo que te parece.

—Es una trenza al parecer hecha con cabellos y que tiene nueve nudos. Una investigación en el laboratorio te diría si son cabellos humanos, si pertenecen a un hombre o una mujer y si están teñidos, aunque me inclino a creer que no.

—Bueno, pero quiero que me digas si para ti significa algo.

—Puede significarlo, Gene.

—¿Qué?

—Puede ser una tontería, un entretenimiento, o puede ser...

—¿Qué? —insistí.

—Uno «Scala della strega». Una «Escala de brujas». Por eso te pregunto dónde la habías encontrado.

—Háblame primero de esas escalas.

—Eran encantamientos que utilizaban las brujas durante la Edad Media. Se les suponía efectos maléficos para ciertas personas. Tengo entendido que aún siguen utilizándose en ciertos lugares de Italia.

—Gracias. Y ahora, ¿qué es un «semihomo»?

Me estaba mirando con ojos de búho.

—¿Has dicho «semihomo»?

—Sí. Si entendí bien la palabra.

—¿Has visto ese objeto?

—Sí. Era una especie de estatuilla, o algo así.

—¿Parecía vieja?

—Sí, muy vieja, pero no pude examinarla atentamente.

—No era una estatuilla. Los «semihomos» son raíces de una planta llamada mandrágora. Esa raíz tiene una forma extraña. Parece un hombrecillo, bien que con cierta dosis de imaginación. En la Edad Media se le atribuían ciertas propiedades. Se utilizaba como afrodisíaco y para encontrar tesoros escondidos. Una raíz mágica, en suma. Tan mágica y diabólica que para conseguirla eran necesarias un cierto número de precauciones. Pero, ¿dónde has visto uno?

—Después, por favor, Pat. ¿Qué más sabes sobre las mandrágoras?

—Por ejemplo, se suponía que cuando se ahorcaba a un bandido en un cruce de caminos, en las últimas convulsiones de la agonía, el ajusticiado derramaba su semen en el suelo. De ese semen nacía una mandrágora. Una noche de luna llena, se desenterraba, pero adoptando precauciones, ya que la planta al ser arrancada exhalaba un aullido tal que volvía locos a las personas. Por eso se ataba a un perro a la mandrágora y era el perro al tirar de ella quien enloquecía y moría. Luego, el dueño de la mandrágora podía utilizar su raíz para los fines que te dije antes.

—Ya —dije—. Y... esa planta, ¿tiene alguna propiedad especial? Digo, a la luz de la ciencia.

—De las hojas y del fruto puede sacarse un alucinógeno y narcótico. La mandrágora es una solanácea, lo mismo que la excelente patata que te comes y el refrescante tomate que te bebes en zumo. Casi todas las solanáceas poseen ciertas propiedades tóxicas. La datura, el tabaco, el beleño, la belladona...

—Y todo eso lo usaban las brujas en la Edad Media, ¿no?

—Sí. Con conocimientos y zumos de esas plantas las brujas fabricaban un ungüento, una pomada con la que se untaban el cuerpo. Los procesos a brujas demostraron que esa pomada era tan fuerte que les producía alucinaciones extraordinarias: creían volar, viajar a los aquelarres, asistir a éstos y todo lo demás, sin haberse movido siquiera de su cama.

—Ya —repetí. Tragué saliva—. Luego, me lancé al agua; ¿Sabes si existen brujas actualmente?

—Existen ciertas personas que dicen ser brujas e incluso que toman parte en misas negras.

—¿Eso no está prohibido por las leyes, verdad?

—Aquí en América, por lo menos, no. Lo que no se permite es que se hagan en lugares públicos y con publicidad. Pero si un grupo de amigos decide ocuparse en esas tonterías... allá ellos. Y ahora, querido Gene, ¿a qué viene todo esto? ¿Dónde has conseguido esa trenza y dónde has visto una raíz de mandrágora?

—¿Te importa que te lo diga cuando haya completado lo que tengo entre manos?

Se encogió de hombros.

—Como quieras.

—Por último, ¿hay algo de verdad en todas esas cosas de brujería y misas negras?

—Hay... que quien cree firmemente en ellas se comporta de una manera absolutamente estúpida. Es muy difícil separar las pequeñas partículas de verdad que pudiera haber y lo que tiene de histerismo y escapismo en nuestra sociedad brutalmente industrializada y consumista. Si me preguntas, te diré que no creo en ellas más que como fenómeno social, digno de estudio.

Me puse en pie.

—Gracias, Pat. Ya te diré lo que haya.

—Me gustaría, si es que has tropezado con un conventículo de brujas.

Me detuve.

—¿Conventículo? ¿Qué es eso?

—Las brujas se reunían en conventículos, en grupos, dirigidos por una bruja o por un brujo. Algo así como células. Adoraban al diablo en los aquelarres, en los Sabbats y oficiaban una misa al revés. Es decir, que la cruz era invertida, el brujo era un sacerdote renegado, y la misa se decía al revés. Por último se sacrificaba a algún animal o... a una persona en ciertos casos.

—Comprendo. Y... ¿hay alguna manera de distinguir a una bruja de una persona normal?

Ahora se rió.

—Hombre, había muchas. Según algunos autores, las brujas tenían la piel fría, hasta en pleno verano. Según otros eran incapaces de llorar. Algunos más aseguraban que tenían una marca especial grabada por el diablo, marca que no sangraba aun cuando se la punzase. Por último, había distintas maneras de asegurarse de que lo eran o no: se las metía en el agua y se las sujetaba bajo ella. Si se ahogaban no eran brujas, si no se ahogaban sí. El resultado era el mismo. En fin, se podría hablar mucho de esto. También, por último las maestras de brujas, solían llevar una liga roja. ¿Recuerdas la divisa de la orden Jarretera? «Honi soit qui mal y pense»: «Maldito quien piense mal». Se supone que la condesa de Salisbury, a la cual se le cayó una liga en un baile, sería una bruja, y la liga, roja. De otra manera no se comprende tal jaleo por una prenda íntima en tiempos en que la moral no era tan puritana como después.

—Comprendo.

Estaba pensando en Jeannette, y en el contacto de su mano.

—He oído —dije—. Que las brujas tenían bichos servidores, o algo así, ¿no?

—Animales familiares, se llamaban. Sí. Gatos negros, perros amarillos, sapos... cualquiera podría servir con un poco de buena voluntad.

—Gracias, Pat. Espero que pronto te pueda contar... Bueno, ya veremos. Gracias de todas maneras. Esto, si necesito alguna otra cosa, ¿podría llamarte?

—Sí, pero hazlo a mi casa. No me gustaría que mis empleados vieran la clase de conversación que mantenemos.

—Esto me lleva a otra cosa: ¿puedes dejarme algún libro que trate de estas cosas?

—¿Cuál de los cientos de miles que se han escrito, querido? —preguntó instantáneamente.

—Pues... uno fácil y que trate bien el tema.

Salió y dio unas instrucciones. Poco después nos trajeron un libro bastante grueso.

—Léelo puesto que estás tan interesado. Es de la doctora Murray y trata el tema con bastante amplitud.

—Gracias.

Le estreché la mano y salí.

CAPITULO 6

CUANDO llegué a mi oficina me sentía cansado como si hubiera pasado el día entero trabajando. Las palabras de M'Rourke me bailaban en la cabeza como perdigones en un frasco, aunque lo cierto es que algo así me sospechaba cuando fui a verlo. Lolly me esperaba con el trabajo del día preparado. Las nóminas de los agentes, etc. Lo saqué adelante todo como si fuera un sonámbulo. Esperé a que la muchacha diera media vuelta y se metiera en su despacho y marqué el número de la calle de Florest. La criada negra me respondió.

—La señora no está —dijo—. Hoy no está en la ciudad.

—¿Sabe dónde ha ido? Necesitaría hablar con ella.

—Lo siento, no me lo dijo. Sólo que se ausentaba de la ciudad.

Colgué. Luego, Lolly me pasó una comunicación del exterior.

—¿Sí? —pregunté.

—Míster Bretton. Soy Johanssen.

Casi di un brinco hasta que comprendí que no era la voz del hombre que me había contratado. Esta era más joven.

—Henry Johanssen —repitió—. Quisiera hablar con usted.

—Hágalo.

—Usted fue contratado por mi padre.

—Lo siento, no hablo de los encargos que se me hacen excepto con aquél que me contrata. Cuestión de ética profesional.

—Lo comprendo. Pero me gustaría hablar con usted. Si quiere en su despacho.

—Como desee. Pero le advierto desde ahora que no podré referirme al encargo que me hizo su padre.

—Lo veré, si no le importa.

—Bien, ¿ahora?

—Sí, puedo ir.

Llegó unos minutos después. Tan pocos que me imaginé que me había hablado desde un lugar muy próximo.

Era alto, rubio, con el pelo ligeramente largo y tendría mi edad aproximadamente. Bien parecido.

—Míster Bretton —dijo—. Mi padre lo contrató. No deseo saber lo que quería, porque me lo imagino. Querría que usted vigilase a Jeannette.

Puse mi mejor cara de póker.

—Sí, seguro que eso era lo que quería. Bien, yo soy su heredero. Voy a ser absolutamente sincero, casi brutalmente sincero. Si le pago a usted una cantidad igual a la que le dio mi padre ¿me entregaría usted los informes que hizo llegar a mi padre? Quiero decir, el resultado de las investigaciones.

—Voy a ser brutalmente sincero: no —respondí.

—Bien. Al parecer mi padre sospechaba de Jeannette. Ignoro lo que habrá descubierto usted, pero si se ha conseguido demostrar que Jeannette engañaba a mi padre...

Creí comprender dónde quería ir a parar: litigar por la herencia que le hubiera podido quedar a Jeannette. Eso cuando él quedaba en posesión de los laboratorios y de la mayor parte del dinero. No estaba mal.

—Lo siento —dije—. Consideraré por no hecha esa oferta.

Había hablado secamente, rudamente. El me miró con los ojos entornados.

—La doblo —respondió.

—Doble negativa, Johanssen. Y esto es definitivo.

Se puso en pie. No parecía demasiado afectado.

—Es usted leal, Bretton.

—Me atengo a la ética profesional, Johanssen, eso es todo.

No me dio la mano.

—Bien, hasta la vista. —De pronto pareció pensarlo mejor—, Y si le encargo yo que vigile a Jeannette, ¿lo haría?

—No.

—¿Por qué?

—La cosa sería demasiado transparente. No.

—Está bien. Hasta la vista.

Cuando se fue contuve los deseos de escupir. Llamé a Lolly y le expliqué el asunto. Ella me miraba de una manera extraña.

—¿Te gusta esa mujer? —preguntó a bocajarro y de pronto.

—¿Qué?

—Qué sí te gusta la viudita.

—¿A qué viene eso, Lolly?

—Das esa impresión, muchacho. Debe ser muy bella, ¿verdad?

—No me vas a decir que estás celosa a estas alturas.

—Vete al diablo.

Pero cuando se alejaba la miré. Tenía una bonita figura, pero la había tenido siempre y jamás había sentido la necesidad de acercamientos. ¿Estaría verdaderamente celosa? Las mujeres son imprevisibles.

Fue aquella tarde cuando recibí una llamada larga distancia. Desde Miami. El director de la agencia tenía noticias para mí.

—¿Bretton? Le envió un informe, pero le puedo adelantar algo, ya que parecía usted tener prisa. Aquí está. Guy Burgess, cuarenta y cinco años, nacido en Newport, Mass. Ordenado en 1950 y...

—Un momento —dije—, ¿Qué ha dicho usted?

—Ordenado en 1950. ¿No coincide la fecha con los datos que tiene usted?

Sentí que la cabeza me daba vueltas.

—Cuando dice ordenado, ¿quiere decir que... es un sacerdote?

—Pues, sí, pero, ¿no lo sabía usted?

—No.

—Pues así es. Pero fue expulsado, de las órdenes en 1960. Me faltan aún algunos detalles, pero le puedo adelantar que fue por un asunto feo, aunque se habló poco de ello.

—Envíeme el informe tan pronto pueda —dije, con la boca seca. Cuando colgó, me serví un vaso entero de whisky. Lolly, que abrió la puerta, me preguntó si estaba alcoholizándome o enamorado.

—Ninguna de ambas cosas —respondí—. Es únicamente que acabo de... —me callé. Luego le dije que podía marcharse a comer. Me miró extrañada. Ella comía siempre un sandwich de lechuga y jamón en la oficina. Pareció un poco enfadada y se marchó. Llamé inmediatamente a M'Rourke. Me respondió resignadamente.

—Escucha, me dijiste que para presidir las misas negras hacía falta un sacerdote, ¿no es así?

—No siempre, pero es muy conveniente, desde el punto de vista de esa tontería. Pero, ¿qué es lo que estás buscando, Gene?

—Ya te lo diré. Un sacerdote renegado, dijiste.

—Sí, Gene. Sí. Y además, eso indica que no has leído el libro.

No, no lo había leído, pero me proponía hacerlo. Cuando llegó Lolly le expliqué que no me encontraba bien y que me marchaba a mi casa. Una vez allí comencé a leer el libro. Y me enteré de un buen número de cosas, que ignoraba. La lectura duró toda la tarde y parte de la noche. Cuando terminé, cogí la trenza de cabellos y la examiné. Encendí una cerilla para quemarla, pero en el último momento, algo detuvo mi mano. No podía hacerlo, simplemente. Pero tampoco podía dejar aquello «cosa» cerca de mi cama como la noche pasada. No tenía deseos de volver a soñar todo aquello.

Guardé la trenza en el cuarto de baño y luego apagué la luz. Dormí hasta bien entrada la mañana, sin soñar.

El día siguiente pasó como si fuera un siglo. No sabía qué hacer. Todos los asuntos me parecían absurdos, estúpidos, aunque procuré sacarlos adelante. Por fin, hacia las ocho y media y cuando ya llevaba dos horas solo en la oficina, tomé mi coche y me dirigí a Florest Road. El tiempo era asqueroso. Llovía y hacía viento.

Fue la misma Jeannette la que me abrió la puerta.

—Pase, Gene. Lo estábamos esperando.

—¿Me estaban...?

Sentí una frustración rabiosa. Así que no me esperaba «ella», sino que me «esperaban». Me debió notar la decepción en la cara. Sonrió.

—Un grupo de amigos quieren conocerlo.

—Una sorpresa —dije.

—En cierto modo. Espero que no le importe.

Sí que me importaba, y de qué manera. Pero me callé. Me pasó a la sala.

Al primero que vi fue a Johanssen, que me sonreía por detrás de un vaso alto. Luego un hombre con cabello blanco, pero de rostro juvenil. El mismo Burgess en persona. Por último había dos mujeres más y un hombre grueso, de pelo blanco y muy revuelto, de unos sesenta años. Las mujeres eran jóvenes y muy atractivas.

—Hola —dijo Johanssen.

—Míster Burgess —dijo Jeannette—. Caretta y Jane. Y salude a míster Cosmos. Míster Gene Bretton.

Me estrecharon la mano. El apretón de Burgess fue fuerte. Como digo, era un hombre de rasgos juveniles, un poco más alto que yo. El principal de sus rangos, además del pelo blanco eran sus ojos, triangulares, con el iris verdoso pero la esclerótica amarillenta. Eran dos ojos difícilmente olvidables una vez que se les había visto una vez.

Las ventanas de la habitación estaban corridas. El ambiente, íntimo. Jeannette me puso un vaso en la mano. Luego, dijo:

—Demasiada luz, ¿no les parece? Una noche tan invernal se merece velas, ¿qué les parece?

Cogí el vaso, mientras Jeannette iba encendiendo velas en los candelabros, y me acerqué a la chimenea, en la que ardían los leños. Noté el olor casi inmediatamente y me pregunté qué sería. No era desagradable, ni penetrante, pero sí se hacía notar en todo momento. Sobre la repisa de la chimenea había un objeto. Me acerqué a él y lo miré. Jeannette, a mi lado, sonreía hechiceramente.

—¿No lo sabía? Hago mis pinitos como escultora. Hice esa un poco antes de la muerte de Paul.

No hice comentario alguno. La escultura tendría un pie de alto y estaba hecha con barro o alguna materia plástica. Representaba bastante fidedignamente a Paul Johanssen. Junto a él había dos velas encendidas.

—Muy parecido —dije. Jeannette llevaba un vestido rojo, de lana, muy ajustado a su cuerpo. Ninguna de las líneas de aquel cuerpo quedaba oculta. Estaba bellísima.

—Debo decir que míster Bretton es un hombre íntegro —dijo Johanssen de pronto—. Y es difícil encontrar en estos tiempos un

hombre íntegro y con un sentido tan estricto de la ética como él.

Comprendí —lo había comprendido ya al entrar— que aquello era una especie de trampa o de tribunal investigador. Henry Johanssen acababa de demostrarlo.

—¿Vamos a hablar de eso? —pregunté con sequedad. Bebí un sorbo de mi copa. Era un líquido verde, y un poco dulzón. Lo dejé sobre una mesita baja. No me gustan las bebidas dulces.

—¿Prefiere un whisky? —preguntó Jeannette.

—Sí. ¿Vamos a hablar de eso, Johanssen?

—¿Tiene algún inconveniente, Bretton?

—Sí. No hablo de mis casos sino con mis clientes, como ya le dije.

—Pero —dijo de pronto—. Bretton, usted puede considerarnos amigos, ¿no lo cree? No le hablo ya como hijo del difunto, sino como amigo.

—Lo siento —repetí. Me notaba ligeramente mareado—. Bien es cierto que había comido poco, pero un solo whisky no debía producirme aquella sensación—. ¿A qué huele? —pregunté repentinamente.

—Las velas —dijo Jeannette—, Apuesto a que ha olvidado el olor de las velas. Nadie las utiliza ya, o muy pocas veces. Y sin embargo, son tan bellas... Su luz no molesta, al contrario, difumina los objetos, los ennoblece.

Se había sentado en el brazo de mi sillón. Al mirarlos, me pareció que todos ellos se habían acercado, como si yo fuera el centro de su interés. Del cuerpo de Jeannette se escapaba también un perfume absolutamente turbador. Comprendí vagamente que debería marcharme, pero la verdad es que no sentía deseo alguno de hacerlo.

—Ahora sé lo que es eso —dije señalando al objeto en la pared—. Es una raíz de mandrágora.

—Por supuesto —respondió Johanssen—. Y es muy antigua. Tal vez tenga trescientos años de edad, o quizá más.

—Trescientos cincuenta —dijo el hombre llamado Cosmos con una sonrisa, mientras se limpiaba los lentes—. Tiene un *pedigree*. Todas las auténticas raíces de mandrágora lo tienen. Esta fue arrancada en Alemania, en el siglo XVII.

—No me diga que la cogieron en un cruce de caminos, bajo la horca donde colgaron a algún pobre diablo.

—No era un pobre diablo, sino un asesino —fue la respuesta—. Veo que sabe la leyenda.

—Y algunas otras cosas más —respondí.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Jeannette.

Si no me levantaba en ese mismo instante, no lo haría nunca.

Hice un movimiento, pero la mano de Jeannette se posó en mi brazo.

—Tome otra copa, Gene.

—No deseo beber más... —pero ya una de las muchachas me había puesto un vaso en la mano. Lo tomé.

—Naturalmente, nuestras actividades no se hayan en absoluto fuera de la ley —dijo Cosmos— Más bien que actividades diría yo... nuestros entretenimientos. ¿Ha encontrado algo que repugne a sus ideas?

No estaba dispuesto a facilitar las cosas. Pero me miraba con aquellos ojos tan extraños, y de una manera tan fija, que moví la cabeza.

—Lo que no quiero es verme envuelto en una cosa de esas

—respondí—. No juzgo a nadie, pero no quiero...

—Naturalmente que no, Gene —dijo Jeannette—, Aunque debe reconocer que es algo absolutamente inocente.

Metí la mano en el bolsillo y saqué la trenza de nudos.

—Esto es suyo —dije.

—Sí, por supuesto. Pero se lo regalo.

—No lo quiero. No lo necesito. Provoca extraños sueños. Creo que lo mejor será que lo tire al...

—¿Qué va a...? Traiga.

Cogió la trenza. Los demás respiraron perceptiblemente. El ambiente parecía haberse enfriado.

—Está usted un poco exaltado —dijo Johanssen— O tal vez intentaba farolear.

—Creo que todos tenemos que marcharnos —respondió Cosmos. Se adelantó y me tendió la mano—. Míster Bretton, he tenido mucho gusto en conocerlo. Y no vea en nosotros más que un grupo de amigos que intentan evadirse. Nada más.

—No he pensado otra cosa —respondí, mientras me preguntaba si en aquella desbandada debería estar incluido yo. Miré a Jeannette. Esta me sonreía con los gatunos ojos fijos en mí.

Johanssen volvió con su abrigo. Me sonrió.

—Nos veremos otra vez, Bretton —dijo amablemente—. Nos gusta reunimos para charlar un rato. Lo único que siento es que hoy tengamos prisa.

Me estrechó la mano. Burgess hizo lo mismo y las dos muchachas, Caretta y Jane acercaron sus mejillas a mí para que las besase. Sí, aquello era una desbandada. Me puse en pie. La mano de Jeannette seguía en mi brazo.

Un momento después estábamos solos, ella y yo.

—Por fin —dijo—. Perdóname, Gene.

—Creí que íbamos a estar solos —dije.

—Y, ¿no lo estamos ahora? —respondió.

El gato Robin apareció, viniendo desde la puerta. Llegó hasta mí y olfateó mi pierna. Luego se restregó contra ella. Contuve los deseos de darle una patada. No me gustaba su manera de mirarme.

Cogí a Jeannette por la cintura. Su cara quedó muy cerca de la mía.

—Escucha —dije—. No me importa lo que hagáis en vuestros ratos libres, pero me gustaría saber...

—¿Qué, Gene? —respondió sin apartarse. Al contrario, su cuerpo rozó el mío y me produjo algo muy parecido a una chispa de alto voltaje—. ¿Es que hay algo que saber? Aparte de que estamos juntos y solos.

—¿Qué placer encontráis en esas cosas? —pregunté—. Me refiero a eso —señalé la raíz de mandrágora y la trenza de nudos.

—Simple diversión —fue la respuesta—. Ya te lo ha dicho Cosmos. Evasión. No nos gusta el mundo actual. Tenemos que vivir en él, pero no nos gusta. Y lo arreglamos a nuestra manera. No molestamos a nadie.

—Eso —dije señalando la trenza—, me hizo soñar una cosa muy rara la otra noche. Muy rara.

—Y... ¿no te gustó?

—No lo sé —respondí sinceramente—. El sueño acabó bruscamente cuando... llegaba volando a un claro del bosque. Pero sé que había allí algo o alguien esperándome. Y eso lo produjo eso que tienes en la mano.

—No. Esto no produce sueños. Los sueños los sueñas tú. Esto no es más que un poco de mi cabello. ¿Te gustaría ver cómo alguien quema algo tuyo? No, ¿verdad? Pues eso es lo que me pasa a mí. Ven, siéntate a mi lado.

Me senté junto a ella en el diván. Luego, de pronto, sus labios encontraron los míos. Fue un beso absorbente, como una ventosa y que casi me hizo perder el contacto con la realidad. Mi sangre comenzó a correr pesadamente por las venas, al tiempo que mi corazón batía furioso. Le devolví el beso mientras mis manos recorrían su cuerpo. El vestido de lana me estorbaba. El gato maulló levemente, subido en uno de los sillones.

Sentí sus besos en mi cuello, besos ansiosos, casi como mordiscos. Cuando descorrí la cremallera del vestido, en la espalda de Jeannette, ella se puso en pie y se despojó de la prenda. Entonces lo vi. Plantada ante mí a la luz de las velas, tenía un cuerpo perfecto. Sólo tenía la ropa interior. Sus medias sujetas por ligas. Una de ellas, la de la pierna izquierda era roja.

—Lo sabía —dije señalando el objeto.

—Y... ¿te importa?

—En este momento —respondí con voz ronca, poniéndome en pie, también — sólo me importas tú. Ven.

CAPITULO 7

ERAN las diez de la mañana cuando llegué a la oficina. Lolly me esperaba. Tenía un aire un poco reticente.

—Han venido dos clientes. Han dejado sus señas, pero querían hablar *personalmente* contigo.

—Volverán —respondí.

—¿Te ocurre algo? —preguntó—. Parece como si no hubieras dormido.

—He pasado una mala noche.

No era verdad. Había pasado una de las noches más extraordinarias de toda mi vida. Pero sí era cierto que no había dormido gran cosa. Había llegado a la oficina desde mi casa donde sólo había tenido tiempo de darme una ducha y afeitarme. Si Jeannette había utilizado con su marido las mismas técnicas que conmigo, no era extraño que Johanssen hubiera muerto del corazón. La mujer era algo fuera de serie.

Cuando Lolly se marchó a almorzar, cogí el teléfono. La voz de Jeannette llegó inmediatamente a mis oídos. Debía estar junto al aparato.

—Estaba a punto de llamarte —dijo con su voz ligeramente ronca—. Sólo para asegurarme de que no te había olvidado que teníamos una cita para esta noche.

—No podría olvidarme aunque quisiera. ¿Comemos juntos?

—No, lo hago con Guy.

Una súbita punzada de celos me golpeó en la boca del estómago.

—Déjalo y come conmigo.

—No puedo, querido. Y tampoco quiero. Era una cita ya convenida antes. Por otra parte, nos vamos a ver a la noche. Me lo prometiste ¿verdad?

Claro que lo había prometido. Pero no estaba muy seguro de querer ir. No todavía. Me estaba acordando de sus palabras: «¿De qué puedes tener miedo, querido?»

Le había respondido que no tenía miedo a nada, pero que no me atraían esa clase de espectáculos. Ella me había mirado fijamente con sus ojos verdes, rasgados. «No es un espectáculo, Gene. Es algo muy distinto. Una especie de comunión espiritual». Yo respondí que no era la clase de comunión que me apetecía. Luego le pregunté si había algo de verdad en aquello de que el diablo se les aparecía en aquellas.... misas al revés. Había vuelto a mirarme y luego, a bocajarro, me preguntó qué sabía acerca de aquellas cosas. Se lo dije. Lo recordaba del libro de la doctora Murray y de las explicaciones de M'Rourke. Ella se echó a reír: «No seas inocente, querido Gene. Si puedes ir al cine a

embrutecerte con productos envasados, si puedes ver la televisión, si puedes asistir a partidos de base-ball, estás más cerca de cosas endemoniadas que si presencias un sabbat. Querido, hay en los Estados Unidos, en Francia, en Inglaterra millones de personas que los contemplan y no por eso están endemoniadas. Viven en tu tiempo, querido. «Estamos en el siglo XX, no en el XVI».

Yo no estaba tan seguro. Pero cuando me decía aquellas cosas con la boca pegada al oído, la respiración se me cortaba.

Yo vivía en el siglo XX, en su tercer tercio, y sin embargo, algo me había hecho soñar con cosas que jamás había soñado antes. Miles de personas creían en aquellas cosas, de acuerdo millones, incluso, pero Johanssen había muerto del corazón y su estatuilla, aquella que tanto se le parecía, tenía una larga astilla de madera clavada en el lugar en que ocuparía el corazón. ¿Casualidad? ¿La habían clavado a la estatuilla para impresionarme, y después de su muerte?

Cogí el teléfono y llamé a M'Rourke.

—Escucha, tú puedes sacarme de este lío. ¿Es cierto que hay muchos aficionados a las misas negras y esas cosas en este país?

Su voz parecía resignada.

—Imbéciles hay en todas partes y los ha habido en todos los tiempos, muchacho. Y mucho estoy temiendo que tú trotes de convertirte en uno de ellos. ¿Qué mosco te ha picado? Sí, hay muchos tontos, muchos aburridos, muchos desocupados. Hay sociedades de brujos, hay demonólogos satanistas, brujos, brujas y partidarios de Nixon y de Agatha Christie. ¿Qué más quieres?

Pensé un instante.

—¿Sabes si hay aquí algún grupo de esos...?

Ni me dejó acabar.

—No, ni me interesa, pero supongo que no será difícil preguntarlo en la Policía. Vamos, vamos, muchacho, ¿qué diablos te propones? Soy un hombre ocupado en cosas serias.

—¿Esas cosas no te interesan?

—Sólo desde el punto de vista del sociólogo. Pero si tú sabes de algo que suponga una novedad sobre esas materias puedes hacérmelo llegar. Se te agradecerá según conviene. Por lo que veo te has metido de bruces en algún grupo demoníaco-tonto.

—Tal vez —respondí descontento—. Lo escribiré y te lo enviaré.

—Hazlo, y ahora, por el amor de Dios, déjame trabajar.

No me había servido de gran ayuda, evidentemente. Colgué el teléfono y me quedé en mi silla, con los pies apoyados sobre la mesa. Después de todo, ¿por qué preocuparse tanto? Si París bien

valió una misa en cierta ocasión, ¿no valía Jeannette acoso un poco de..., lo que fuero, de brujería moderna, acaso?

El teléfono sonó. Me llamaban de larga distancia, desde Florida. El director de la agencia de investigaciones.

—Bueno, creo que hemos llegado a un callejón sin salida, Bretton. Las huellas de Burgess se pierden en New Port. No ha habido manera de saber ni quién es, ni de dónde viene, ni quiénes son sus padres, ni sus abuelos. Simplemente se pierde. Parece como si hubiera salido de la nada. Y que conste que hemos investigado a fondo. Lo único que se sabe de él es que era un sacerdote, que ahorcó los hábitos y nodo más. Estuvo como ayudante del rector de la Iglesia de San Jorge y luego lo dejó. Nada más.

—Han hecho lo que han podido —dije.

—No lo dude, Bretton. Le enviaré la factura, con el descuento del diez por ciento acostumbrado, amigo. ¿Algo más?

—Nada más, y agradecido. —Colgué.

Salido de la nada... Ocurre a veces, pero cuando una agencia buena investiga a fondo, suele dar resultados. Guy Burgess... El necesario sacerdote para las misas negras. Una campanilla resonaba en algún rincón de mi cerebro, pero ignoraba lo que querría decir con sus tintineos. Sólo que estaba allí, indicando que algo en mi subconsciente intentaba salir.

Y de pronto, recordé. Fue como un fogonazo. Guy Burgess. ¡Eso era! Tenía que serlo. Se parecía demasiado.

Fui a mi casa y cogí el libro de la doctora Murray. Allí, en las notas finales, estaba, sólo que no se escribía así. Contenidamente, leí. «Guibourg, un cura francés que en el siglo XVII fue acusado de celebrar misas negras. Fue procesado por el Tribunal de los envenenadores, la célebre Cámara Ardiente, que también condenó a La Voisín». Pero..., ¡diablos, eso era llevar las cosas demasiado lejos! No podía ser el mismo, por supuesto. Quizá había tomado el nombre de aquel célebre satanista, sajonizándolo. Guibourg, sacerdote excomulgado que había celebrado una misa negra sobre el vientre desnudo de madame de Montespan para asegurarse ésta los favores de Luís XIV, y que en dicha misa había sacrificado un niño vivo.

Simplemente, no podía ser verdad, pero la coincidencia era extrañísima.

No podía hacer nada el resto del día. Cuando llegó la hora de la cita cogí el coche y me dirigí hacia Forest. La misma Jeannette me abrió la puerta.

—Pasa —dijo.

—¿Estamos solos?

—No del todo, pero pronto quedaremos solos. Por cierto, la fiestecita no podrá ser esta noche.

—Me alegro. Ya te dije que no me atraía nada.

—No seos tonto. Vamos, pasa.

En la sala, el único visitante era Caretta. Estaba sentada en el diván. Parecía muy joven y cuando se puso en pie para besarme, pude observar que estaba muy nerviosa.

—No puedo quedarme más que unos minutos —dijo.

—Está empezando a nevar —dije.

—Razón de más para que me marche cuanto antes. Tengo que buscar un taxi. Mi coche se estropeó.

—Puedo llevarte —le dije.

—¿De veras no sería mucha molestia? —preguntó.

Sí que lo era, porque había pensado quedarme solo con Jeannette, pero ésta me miró y asintió con lo cabeza.

—Te esperaré —dijo—. Caretta no vive lejos.

—Bueno, vamos.

Cuando subimos oí coche, nevaba fuertemente. Conduje despacio. Miré o Caretta. Era bastante joven, quizá unos veinte años, de pelo oscuro y cuerpo lleno, y bien formado. En el semáforo de Irving Hill, pasó un brazo por encima de mis hombros y me besó en el lóbulo de la oreja. Sus labios eran cálidos y suaves.

—¿Por qué no vamos a algún lado? —preguntó.

—¿Dónde, por ejemplo?

—Oh, donde quieras.

Estaba nerviosa. Sus manos recorrieron mi pecho. Su postura en escorzo permitía ver parte de sus muslos apretadamente enfundados en nylon. Le acaricié la rodilla.

—Vamos, vamos —dije—. ¿Qué es esto, una proposición?

—La primera parte de una —respondió, volviendo a besarme—. Ya sé que te gusta Jeanette, pero yo tampoco soy algo que el gato haya traído del basurero, ¿verdad?

Detrás sonaban los claxons de los impacientes. Puse el coche en marcha y lo arrimé al encintado.

—¿Qué te ocurre? —pregunté—. ¿De veras deseas que vayamos por ahí?

—Claro que sí —volvió a besarme y o acariciarme. Encendí la luz del coche un instante y la miré o los ojos. No soy mal parecido y las mujeres me lo han dicho muchas veces, pero nunca tan rápidamente como aquella y tan sin ningún motivo por mi parte. A aquella chica le ocurría algo. Confieso que me había excitado ligeramente, pero no estaba dispuesto a llegar más allá.

—Apaga —exigió casi. Obedecí y puse el coche en marcha.

—En cualquier otro momento sería para mí un honor —dije

amablemente, tanto como pude—, pero ahora vas a ir a casa como una buena chica, y no es desprecio, y puedes creerlo. Eres demasiado bonita para que nadie te desprecie.

Se separó un poco y guardó silencio. Al poco rato, dijo:

—En la próxima calle. El segundo jardín.

Seguíamos en la zona residencial de los Hills. Cuando detuve el coche ante la puerta del jardín, volvió a abrazarme de tal manera que apenas pude desasirme. Y en ese momento, alguien encendió una luz.

—¡Cary! —chilló una voz de hombre. La luz me había deslumbrado, y hasta al cabo de unos segundos no pude ver quién estaba allí, ante nosotros.

Era un hombre de mediana estatura y con una chaqueta de casa y sin corbata.

—¿Qué diablos haces aquí con ese tipo? ¡Te he visto!

—Vete al diablo —respondió Caretta. Me soltó y abrió la puerta del coche—, ¿Me estabas espionando? ¿Quieres que todos los vecinos se enteren de que desconfías de tu mujer?

—Pero te he visto cómo abrazabas a ese bastardo! ¡No lo niegues!

—Escuche, amigo... —comencé.

—Lárguese usted o lo saco del coche y le arrastro la cara por el suelo —me respondió. Aunque no parecía muy capaz de hacerme aquello a mí, yo podía comprender su furor al ver a su mujer abrazada a mí como una pegatina.

—Anda, vete. Gene —dijo Caretta, saliendo del coche—. Yo me entenderé con mi marido, cariño. Te veré en otro momento.

El marido golpeó el coche con ambos puños, chillando. Dudé un momento en bajar y pegarle, pero ya se habían abierto varias ventanas enfrente, y había gente mirándonos, puse el coche en marcha mientras por el retrovisor observaba cómo el hombre cogía a Caretta del brazo y la metía en el jardín.

Pensando en ello estaba aún cuando llegué a la casa de Jeannette. Esta me esperaba.

—No sabía que Caretta fuese casada —dije.

—¿No? Sí, está casada con un camastrón estúpido —me miró profundamente— ¿Qué ha ocurrido? ¿Se enfadó Henry?

—Un poco —respondí sin añadir ningún detalle más, pero me pareció que los estaba adivinando. Por supuesto, tampoco yo tenía interés en contarlo.

—Siéntate —dijo—. Aquí.

Lo hice. Me la quedé mirando y ella me devolvió lo mirada.

—¿Quién es Burgess? —pregunté.

—Ya lo sabes. ¿Por qué?

—Sé que se llama así. Y que también... —vacilé—, hubo un hombre que se llamó Guiburg y que oficiaba misas negras. Lo mismo que hace Burgess. Y que habió sido sacerdote como él.

—Sí, ¿y qué?

—Jeannette, ¿quién es Burges en realidad?

—¿Y si te dijese que es el mismo Guiburg?

—No bromeas, estoy hablando en serio. Guiburg fue ajusticiado por la Cámara Ardiente o por quien fuese en el siglo XVII, hace trescientos años.

—Eso es cierto —respondió. Y sonrió. Fue una sonrisa tan extraña que confieso que me puso de punto el vello del cogote—. ¿Quién te ha hablado del abate Guiburg?

—Me he informado —respondí escuetamente—. Era un satanista y ofreció una misa negro a madame de Montespan. Mató a un niño como ofrendo.

—Eso has podido encontrarlo en cualquier manual poro escolares —respondió sonriendo—. No sabes nada acerca de él. Nada, querido. Y ahora, ¿por qué no te olvidas de todas esas cosas? Guiburg fue oigo más que un satanista.

—¿Qué?

—¿Estás muy interesado?

—Tal vez.

—Pues lo sabrás mañana.

—¿Qué quieres decir?

—Mañana podrás asistir a un «sabbat». Incluso después podrás preguntarle al mismo Guy todo lo que quieras. Te lo dije: no nos ocultamos. Nos evadimos a nuestra manera.

—¿Incluidos los ungüentos de brujas?

Suspiró.

—Estás pesadísimo, querido. ¿Qué ungüentos? ¿Sabes una cosa? Estoy pensando que no te preocupo yo, sino todas esas cosas. Está bien. Vete. Yo no deseo hablar de todo eso..., contigo.

Se puso en pie. Al hacerlo, quedó ante la chimenea. De ésta había desaparecido el muñeco que se parecía a su marido. En su lugar había otro. Me acerqué y lo miré. El corazón me había dado un vuelco, lo reconozco, pero el muñeco no era yo. Era una mujer desnuda.

Sentí su aliento en mi cuello.

—Vamos, vete. Ya hemos hablado bastante. Y no te preocupes, no necesitas asistir a la fiesta si no lo quieres. Nadie te lo impone.

Señaló lo puerta con la mano. Me acerqué a ella e intenté abrazarla, pasarle el brazo por la cintura, pero me echó atrás como si la hubiese tocado un bicho. Yo estaba tan excitado que la empujé contra el diván. Ella rió roncamente y pronunció una

palabra, una sola. En ese momento sentí la presencia.

Estaba allí, subido en el borde del diván, con el lustroso pelo erizado. Robin, el gato negro. Y tenía las uñas desenfundadas y los dientes como diminutos sables. Me eché atrás, instintivamente. Aquel animal siempre se había comportado amistosamente conmigo, pero ahora parecía estar dispuesto a saltar a mi cara.

—Vete —ordenó Jeannette— Vamos, vete, o Robin te peinará la cara. Es muy capaz de ello.

Con una aguda sensación de frustración, puse el coche en marcha y me dirigí a mi casa. En aquel momento hubiera sido capaz de pelearme con cualquiera que hubiese querido adelantarme siquiera. Cuando llegué a mi caso, escuché el timbre del teléfono. Esperando que fuera Jeannette, lo cogí rápidamente. Era Lolly.

—¿Se puede saber dónde diablos te metes? —preguntó—. Ha habido nuevos clientes. Si quieres puedo...

—Déjalo poro mañana —repliqué, airado— Y no te preocupes tonto, ¿quieres?

—Por supuesto. La agencia no es mía, sino tuyo, y puedes tirarla por la ventana si lo deseas.

Colgó. Agarré una botella de whisky y me puse a beber. Media hora después estaba borracho o casi borracho, pero había resistido la tentación de llamar a Jeannette y suplicarle que me dejase volver y me puse a escribir todo lo que sabía acerca del asunto, mis impresiones. Cuando acabé había escrito casi diez folios. Los metí en un sobre y escribí sobre éste la dirección de Pat M'Rourke. Luego lo guardé en un cajón. Por último me fui a dormir.

CAPITULO 8

AL día siguiente atendí mis asuntos como pude. Comencé un caso y conseguí que Lolly me pusiera mejor cara. A medio día sonó el teléfono. Aquella voz...

—¿Vendrás luego?

—No me gusta que me echen de ninguna casa —dije, sintiendo latir mis sienes—. Eso es lo que ocurre. No me gusta.

—Tú tuviste la culpa. Tampoco a mí me gusta que me acorralen. ¿Vendrás?

Dudé sólo un instante.

—Iré, sí. Tengo que hablar contigo.

—¿Hablar? ¿Eso es sólo lo que te gusta?

Colgó. A las nueve estaba ya en su casa. Jeannette se hallaba vestida para salir. Llevaba el abrigo de pieles puesto.

—Vamos —dijo, poniéndome las manos en los hombros para besarme.

—¿Dónde?

—Hoy es el día, ¿no recuerdas? No pensarías que eso iba a tener lugar en mi casa.

—Por eso, ¿dónde es?

—Lo verás. Vamos a tu choche.

Miré a mi alrededor. El gato no estaba a la vista. Recorrí con mis manos ansiosas el cuerpo de Jeannette, pero ella se apartó, riendo.

—Vamos, vamos.

—Hay tiempo, ¿eso no es a las doce? Tenemos tiempo de sobra.

—Después.

—Por lo menos podríamos tomar algo, ¿no?

—Después.

Miré a la chimenea. La muñequita había desaparecido. Ella siguió mis ojos.

—¿Qué buscas? La tiré. No me gustaba demasiado.

Me cogió del brazo y caminó hacia la puerta.

—Escucha —dije—. Ya sabes que esto no me gusta demasiado, pero lo voy a hacer por ti. Lo que quiero decirte es que me gustaría que lo dejases. Podemos irnos a cualquier parte durante un tiempo, por ejemplo, a las Bahamas.

—Tal vez..., después. Hoy es un día grande, un gran Sabbat. No quiero perdérmelo. Después haremos lo que desees, ¿no te basta eso?

Bajó la mirada.

—Por cierto, ¿hiciste investigaciones sobre la muerte de Paul?

—Las hice.

—Y, ¿qué sacaste de ellas?

—Después —respondí, mirándola significativamente.

—Como quieras. Había pensado que tal vez fuera mejor que me lo dijeras ahora —respondió, encogiéndose de hombros—. A tu gusto.

Cuando subimos al coche le pregunté:

—¿A qué bosque vamos a ir? ¿A los lagos?

Se echó a reír.

—Hace mucho frío, ¿no te parece? También podías haberme preguntado por mi escoba.

—Bueno, ¿dónde está?

—Nuestras escobas son los chevrolts, pero tu coche servirá. A casa de Guy. No necesito decirte la dirección.

—No.

Cuando llegamos a los apartamentos de «Reserve» dejé el coche en el patio interior y nos dirigimos a la casa. Jeannette iba delante. Indicándome el camino. Bajamos varios escalones y nos encontramos en el piso bajo, un sótano, arreglado. Sólo había dos puertas en él y la mujer fue hacia la de la izquierda. Llamó al timbre y Guy Burgess abrió.

—Hola —dijo—. Sois los primeros.

Estrechó mi mano, mirándome a los ojos. Penetramos en un hall pequeño y luego a una habitación en la que había libros y esculturas, muchas de ellas de formas extrañas. Los libros parecían viejos y muy usados.

—No es la cueva de un hechicero —dijo Burgess, sonriendo—, pero he procurado hacerla cómoda. ¿Quiere beber algo?

—Whisky.

—Sólo whisky. No se preocupe, no le voy a poner nada dentro. Será sólo Black White. ¿Tú, Jean?

Esta asintió. Burgess fue a un armario empotrado y sacó el whisky. Me tendió una copa. Luego preparó algo para Jeannette. Con la copa en la mano fui observando los lomos de los libros.

—El Gran Grimorio —dijo Burgess—. Es un libro muy valioso. ¿Quiere hojearlo? Hay otros también muy interesantes.

Yo estaba mirando las estatuillas. Había algunas francamente extrañas. Falos de todas clases, caretas y la figura de un joven, tallada en madera policromada. Parecía la única cosa normal entre todas aquellas pesadillas. Tendí la mano para cogerla, y sentí la respiración de Jeannette detrás de mí.

—No, no lo toque —dijo Burgess, cogiendo mi mano—. Está apolillada y podría deshacerse. Es bastante antigua.

—¿Qué representa? —pregunté.

—Nada importante —respondió. Jeannette se había tranquilizado.

—¿Y su Majestad? —pregunté.

—¿Se refiere a...?

—Bueno, al diablo, sí.

—Más adelante. Beba su whisky. Yo voy a dejarlos un momento. Poneos a gusto.

—Para esto podíamos habernos quedado en casa —dije a la mujer. Esta no se había quitado el gabán pese a que allí hacía calor— ¿No te lo quitas?

—Más tarde —estaba bebiendo, con los ojos fijos en mí. Luego se acercó lentamente y me abrazó.

—Ha sido una lástima —dijo.

—¿Qué?

—Nada, déjalo.

—Bueno, ¿y si comenzásemos el Sabbath para acabar antes? —dije, molesto. En aquella habitación no había olor alguno extraño, pero me causaba una sensación extraña. Los libros, los objetos, a cual más fuera de lo común...

En ese momento la puerta se abrió y aparecieron Cosmos y Johanssen, el hijo. Ambos me estrecharon la mano. Llevaban también largos gabanes.

—Encantado de que se una a nosotros —dijo Johanssen, besando a su madrastra.

—¿Está ya todo el conventículo? —pregunté.

—Oh, no, faltan las muchachas, pero creo que ya vienen.

—¿El marido de Caretta no?

—Oh, no —respondió Cosmos, limpiándose los lentes—. Henry no sabe nada—. No..., no lo comprendería.

—Un tipo celoso —dije.

—Oh, sí, bastante celoso. Caretta es tan..., impulsiva... Jane es distinta.

En efecto, las dos muchachas hicieron su entrada. Miré a Caretta. Tenía los ojos entrecerrados, y cuando me besó, lo hizo de una manera mecánica, como adormecida. Ni rastro siquiera de los desórdenes de la noche anterior.

—¿Qué ocurrió con tu marido? —pregunté.

—Oh, nada importante. Me dio una bofetada y le devolví dos.

Su voz resultaba tan desvaída como sus ojos. Burgess apareció y la llamó. Ella lo siguió.

Otro whisky. Jeannette iba ya por su tercer vaso de aquella bebida verdosa. Le quité el vaso y lo probé. Era dulzón y de un gusto extraño. Me sonrió.

—Ambiente —dijo—. Sólo ambiente.

Hablamos durante un rato. Cuando miré el reloj eran las diez y media.

—¿Tardará mucho? —pregunté.

—Oh, no —dijo Cosmos—. Sólo un poco. Hay que hacer ciertos..., preparativos.

Jeannette desapareció. No supe cuándo se había marchado, pero de pronto no la vi a mi lado. Jane, Cosmos y Johanssen miraban los libros y, de vez en cuando, me dirigían alguna observación. Yo estaba tenso, y más nervioso cada vez, aunque no sabría decir por qué. Hubiera querido estar en casa de Jeannette, con ella en mis brazos, con ligas rojas o no, pero a su lado y solos.

La puerta se abrió de nuevo. Un hombre que llevaba una máscara cubriéndole el rostro apareció. No dijo nada, pero todos se pusieron en movimiento.

Entramos en una sala bastante grande. Las paredes tenían colgaduras de color rojo. Dos grandes candelabros, con trece velas cada uno, eran toda la iluminación. Dos bancos, al fondo, y detrás una mesa cubierta con un mantel negro.

Nos dirigimos hacia los bancos. Por el camino, los hombres se quitaron los gabanes. Debajo llevaban una especie de túnicas con un símbolo en el pecho. Jeannette, que estaba ya junto a uno de los bancos, llevaba una vestidura blanca, que le llegaba a los pies, y Jane otra igual.

Detrás del altar negro había una cruz invertida. Y no había nada más. Una música sincopada llegaba desde el techo, según me pareció.

—Siéntate —me dijo Jeannette— Aquí, a mi lado.

Allí sí olía a incienso o alguna otra hierba. No, no era incienso. Justo detrás de la cruz, unas colgaduras negras ocultaban parte de la habitación, y se movían como si una corriente de aire las agitase.

—¿Qué va a ocurrir? —pregunté a Jeannette.

—Cállate, ya lo verás.

La música iba subiendo de volumen, aunque sin llegar a la estridencia. El hombre de la máscara caminó hasta el altar, llevando en la mano un candelabro con velas negras, que procedió a encender mientras salmodiaba. Luego, a mi lado, Jeannette rompió a cantar y lo mismo hicieron los demás. No lo hacían en inglés.

Pero una de las veces. Jane gritó, y esta vez sí les comprendí:

—¡Ven! —dijo.

—¡Ven! —repitieron todos los demás. Sentí una extraña pesadez en los miembros y un ligero dolor de cabeza. ¿El whisky? ¿El olor?

—¡Ven! ¡Ven, oh, resplandor oscuro!

No sentía deseo alguno de burlarme. Jane y los hombres habían

alzado los brazos y se movían lentamente. Hubiera sido risible, pero..., no lo era, simplemente.

—¡Ven, creador del fuego! ¡Ven, Satanás!

Ya se había pronunciado la frase. La repitieron varias veces, y entonces las cortinas se abrieron y Burgess apareció. Cerró tras de sí las cortinas y nos enfrentó. Iba desnudo, excepto por una dalmática roja que le llegaba hasta medio muslo.

Era un buen ejemplar de hombre. Alto, anchos hombros y estrecha cadera.

—¡Salve, Satán! —dijeron todos casi en un susurro.

La música se había cambiado por un runruneo parecido al de una paloma en celo. Casi se podían sentir las ondas sonoras, ampliándose hasta chocar con las paredes. Burgess alzó las manos. Se hizo un silencio.

—¿Qué queréis? —preguntó con voz recia y bien modulada.

—Te queremos a ti. Señor de los Abismos, Gloria in profundis Satani —salmodiaron.

—Me tendréis cuando estéis dispuestos.

—¡Lo estamos!

—Cuando la hora llegue, no antes.

—Lo estamos, oh, tú, que fuiste arrojado del paraíso.

—¡Laus Satani!

—Cuando llegue la hora, y no antes.

Aquello podía ser monótono, pero resultaba positivamente adormecedor.

Incluso me parece que abrí una o dos veces la boca para corear a los demás, pero logré contenerme a tiempo. Sentí que la mano de Jeannette buscaba la mía. Cuando se la cogí, me arañó la palma. Burgess alzó los brazos. Luego los abrió en amplio ademán, abarcándonos a todos.

—La hora se acerca. ¿Estáis dispuestos?

—Lo estamos, oh, Procurador de la felicidad. ¡Laus Satani! ¡Laus!

—La mesa estará dispuesta pronto. ¿Deseáis participar en el banquete verdadero?

—¡Lo deseamos!

—¿Qué ofrecéis?

—¡Nuestros cuerpos, nuestros espíritus. Portador de la Luz!

—¿A quién?

—¡A Ti!

Ahora habían gritado. Miré a Jeannette con el rabillo del ojo. Jadeaba, fijos los ojos en Burgess. Una sensación de celos me acometió. El hombre era atractivo, y los ojos de la viuda no se apartaban de él. Miré a los demás y observé las mismas expresiones en todos ellos.

Aquello duró durante casi un cuarto de hora. La cabeza estaba comenzando a darme vueltas. El olor, las repeticiones casi angustiosas, la proximidad física, y al mismo tiempo tan lejana en esos momentos, de Jeannette, todo se estaba aunando. Hube de hacer un esfuerzo porque en una o dos ocasiones los ojos se me cerraron.

«Esto es una tontería, una tontería, no debes hacer caso a este puñado de chiflados». Me repetía una y otra vez. Pero era en vano. Poco a poco, aquello iba adueñándose de mí en alguna forma..., «reptilesca», pudiéramos decir.

De pronto se hizo el silencio. Abrí los ojos que se me habían vuelto a cerrar momentáneamente y, un poco desenfocado, observé a Burgess. Tenía los brazos levantados. Los gritos habían cesado, pero cortos jadeos y suspiros de los asistentes cortaban el ambiente.

—La hora —dijo Burgess—. Ha llegado. Tendréis lo que queréis. Querréis los que tengáis. Juntos, todos juntos. Hombres y mujeres, seréis bendecidos —maldecidos juntos.

Bajó los brazos.

—Ahora.

Las cortinas que habían tras de él se abrieron lentamente. Miré, hasta casi dolerme los ojos.

Ya había llegado. Ya habíamos llegado a lo que esperaba. Esperaba y temía.

Lo que las cortinas habían ocultado a nuestras miradas hasta entonces, era una habitación cuadrada, bastante grande. En la pared del fondo había otra gran cruz invertida, y en una hornacina una estatua también policromada del mismo joven que viera antes. En medio de la habitación, un altar con cobertura negra y símbolos extraños, pero que me parecieron letras hebreas, bordadas en plata y oro. Las paredes tenían los mismos cortinajes rojos.

Pero lo que llamaba la atención era lo que había sobre el altar. Simplemente una mujer completamente desnuda, tendida sobre la tela negra. El cuerpo, muy blanco, contrastaba con el terciopelo y producía un extraordinario efecto. Era un cuerpo muy bello, de pecho erguido y muslos redondos. Llevaba una máscara sobre el rostro, pero yo reconocí a Caretta. No era difícil, por otra parte.

El hombre enmascarado del que no había logrado ver el rostro se acercó a Burgess y le quitó la dalmática. El también quedó completamente desnudo. No llevaba ni siquiera zapatos. Tenía el pecho muy velludo, lo mismo que el vientre y las piernas.

Solamente las luces del candelabro con velas negras que había sobre el altar iluminaban la escena, pero era suficiente, ya que

todas las paredes estaban cubiertas. La luz de las velas, al no haber nada de aire, se elevaban rectas hasta el techo. El olor se había acentuado.

Fue Jane la primera en levantarse. Andando como en trance, rodeó el altar, se acercó a Burgess. Este le volvió la espalda y ella se la besó. La siguió Cosmos, luego Johanssen, y por último Jeannette. Cuando habían acabado con la ceremonia volvían a sus puestos. Jeannette me miró como si esperase que yo lo hiciera, pero moví la cabeza negativamente. Me encontraba un poco mareado, pero no tanto como para imitar aquella imbecilidad. Jeannette volvió a cogerme la mano, y aquello comenzó.

Burgess, alzando las manos al cielo, comenzó a recitar la misa en latín. No entiendo nada de esa lengua, pero sí he oído varias misas. Aquella estaba al revés. Tradición pura demoníaca, pensé. Para entonces, estaba aburriéndome ya. Deseaba que la tontería acabase. Jeannette me apretaba la mano, los ojos semicerrados y el cuerpo recto. Miré al altar.

—Caretta—, y comprobé que apenas se movía. Sólo el lento impulso del pecho subiendo y bajando indicaba que estaba viva. Por lo demás, cualquiera hubiese dicho que dormía.

El olor se estaba haciendo insoportable. Hubo un momento en que casi me dormí, pero las uñas de Jeannette, clavadas en la palma de la mano, me despertaron. En ese momento, Burgess estaba dando vueltas alrededor del altar. Su cuerpo musculoso se movía con gracia y agilidad y comprobé que estaba excitado sexualmente. Eso me produjo un sentimiento de malestar que apenas pude vencer. Era casi como una náusea.

Y de pronto, acabó con un grito. Todos se pusieron en pie, excepto Caretta. Burgess acababa de alzar una copa en su mano e invocaba con voz recia. El hombre de la máscara acudió. Llevaba en las manos algo que me pareció una piel, y con ella cubrió el cuerpo desnudo del oficiante. Cuando éste se volvió a nosotros, parecía un animal. Una cabeza de macho cabrío cubría sus cabellos, y las patas del animal caían a sus costados.

—¡Laus, Satai! —gritó Jane. Los demás le corearon. Inmediatamente. Cosmos se acercó al oficiante, andando despaciosamente y tomó algo que el otro le ofrecía. Jane lo siguió, luego Johanssen, y por último Jeannette, que me arrastraba, sin soltarme. Yo me resistí, pero ella volvió hacia mí sus inmensos ojos verdes.

—¡Ven, hazlo por mí! ¡Ven!

La seguí. Burgess tenía un disco negro en la mano e iba arrancando trocitos de él. Los colocaba en la boca de los otros y ellos se dejaban caer en los almohadones inmediatamente después

de haberlos tragado. Jeannette los imitó. Vi los ojos de Burgess clavados en los míos por los agujeros de la máscara.

—Tú, no —dijo con voz ronca—. No bajo las dos especies. Sólo con una.

Iba a decirle que se fuera al diablo, cuando sentí algo extraño en la columna vertebral. Simplemente no podía decirlo. Me di la vuelta y vi.

Jane, Cosmos y Johanssen se habían quitado las vestiduras y aparecían totalmente desnudos. Por un instante, la desnudez adiposa de Cosmos y el cuerpo delgado de Johanssen estuvieron a punto de hacerme reír, pero no la de Jeannette y la de Jane, sobre todo la de la primera.

Sólo llevaba las medias, y conservaba las ligas rojas en medio de los muslos.

—Siéntate aquí, me dijo.

—Vámonos —respondí—. Si esto ha acabado, vámonos. No me gusta, simplemente,

—Siéntate —respondió—. Vamos, no seas ridículo. Siéntate aquí, conmigo.

Me echó los brazos al cuello y me obligó a caer a su lado. Con el rabillo del ojo vi que Caretta se había incorporado en su absurdo altar y nos miraba. Burgess llegaba también.

Me senté. El hombre de la máscara trajo un cuenco lleno de un líquido humeante y todos hundieron en él sus tazas. Luego bebieron y Jeannette hizo lo mismo. Luego me tendió la taza.

—No quiero... —comencé. Burgess me puso la mano sobre el hombro y me volví hacia él.

—Bebe —dijo—. Todos hemos bebido. Vamos, bebe.

Me volví de nuevo. La mano de Jeannette estaba sobre la taza y me tendía ésta. Bebí un sorbo. Estaba..., no dulce, sino salado. Parecía naranjada o algo similar. Jeannette me obligó a beber otro sorbo, y otro, lo mismo que los demás, que elevaban sus tazas al tiempo que murmuraban una salmodia.

Luego, Jeannette me tendió sus brazos y comenzó a besarme, lentamente al principio, furiosamente después, me besó en la boca, en el cuello, en las orejas, al tiempo que me atraía hacia ella.

¿El incienso? ¿La bebida? ¿Los labios de Jeannette? Sentí que me invadía una oleada de placer. Por encima de mí, observé los ojos de Burgess, y luego, como a través de un velo, cómo Johanssen y Jane se abrazaban, mientras Cosmos bailoteaba como un muñeco en torno a ellos.

Los dientes de Jeannette se hundieron en mi garganta, y creo que fue en ese momento en el que perdí el conocimiento. Aún recuerdo

algo así como que la música subía de tono, y un grito agudo. Nada más.

CAPITULO 9

UN gong sonaba duramente dentro de mi cabeza, al tiempo que una voz repetía palabras sin sentido, y una especie de cangrejo provisto de muchas patas me agarraba por los brazos. Gruñí sordamente, ¿o me pareció que gruñía?, y por fin abrí los ojos. La luz de una linterna me deslumbró, y los volví a cerrar al instante.

—Ya despierta —dijo una voz.

—Aparten..., esa linterna —dije, con la boca como lija.

Volví a abrir los ojos. Estaba tendido en el suelo y olía fuertemente a pino. Había manchones de nieve en el suelo y comenzaba a amanecer. Y olía también a whisky. Un olor muy penetrante.

—Vamos, ¿puede levantarse? —dijo una voz seca.

Lo intenté. Estaba medio mareado. Cerré un momento los ojos y me sentí vacilar. Alguien me agarró por el brazo.

—Lo que me extraña es que pueda hablar siquiera con todo ese alcohol en el cuerpo —dijo otra voz—. Sujétalo.

Había luces alrededor. Miré vagamente. El bosque, sí. Pero, yo no había ido al bosque. Yo estaba en...

Mi automóvil. Estaba allí. ¿Quién diablos lo había llevado? Y, ¿quién diablos eran aquellos tipos que me rodeaban...? Policías. Eran policías. Llevaban uniformes azules. Y había dos motocicletas y otros dos automóviles.

—Bueno, muchacho, ¿cuándo la mataste? —preguntó uno de ellos. La luz era todavía muy poco clara. Hacía frío. Lo sentí en el instante. Yo estaba sin abrigo.

—¿Qué dice? —pregunté—. ¿Matado a quién?

—A ella. Aquí están los fotografías, teniente.
Hombres, hombres por todas partes y los fogonazos de los flashes.
Matado, ¿a quién? ¿Es que me había vuelto loco?
—Teniente —dije. Un hombre de paisano se volvió hacia mí.
—Llévenselo. ¿Cómo dijeron que se llama?
—Bretton —respondió uno de los policías—. Eugene Bretton. Es un «ojo privado».
—¿Por qué...? —comencé. Y entonces lo vi. A la luz de una potente linterna, en el asiento de al lado del conductor «de mi coche», estaba el cuerpo desnudo de una mujer. Pude ver su rostro de perfil, caída la cabeza sobre el respaldo del asiento. Era Caretta. En ese momento le echaban una manta por encima, concluidas las fotografías.
—Pero... —dije—, ¿Quién...? ¿Está...?
—¿Quién qué? —dijo el teniente—. Vamos, llévenselo.
Comprendí. Simplemente, me estaban acusando de ser yo.
—Escuche, teniente —dije trabajosamente. Aún me sentía envuelto en una especie de niebla—. Yo no he sido. Yo vi a esa mujer viva en...
—Llévenselo a la Jefatura —ordenó el teniente. Dos policías me cogieron sin miramiento alguno y me llevaron hacia uno de los coches. Yo seguía repitiendo que no había sido, pero no me hicieron ningún caso.

* * *

El foco estaba frente a mí. Detrás de él, el teniente, al que no podía ver. Me habían metido en una celda y había caído en un sopor endurecido. Cuando desperté me encontraba mejor, aunque no del todo bien. Fue entonces cuando me llevaron al interrogatorio.

—Bueno, dígame por qué la mató, Bretton —dijo el teniente.
—No la maté, teniente. Es más, ignoro cómo llegamos allí.
—No me haga reír, Bretton. Bueno, supongo que estaba tan ocupado que no lo recuerda. Ocurre a menudo.
—Sólo bebí tres copas, teniente. Necesito mucho más para emborracharme.
—Sí, ya. Y entonces, las dos botellas vacías que había en el fondo del coche me las bebí yo.
Me iba despejando rápidamente. Me habían quitado el reloj.
—¿Me han hecho la prueba del alcohol en sangre, teniente?
—No.
—Háganmela. Le demostraré que no bebí esa cantidad. No lo hice.

—Usted y la chica se bebieron un par de botellas. Y usted la mató. Seguramente quiso hacer lo que ella no quería y usted la mató.

—Le he dicho que no la maté, teniente. Y hágame la prueba, rápido, o no podrán comprobar si es cierto lo que digo.

—No me haga reír, Bretton. Y ahora basta de tonterías. Dígame por qué la mató.

—¿Cómo la mataron?

—Una cuchillada en el corazón. Una sola, pero bastó. Estaría usted borracho o no, pero le acertó a la primera y bien.

Y ahora...

—Exijo que se me haga la prueba —respondí. Dio un bufido y apagaron los focos. Un momento después, un hombre con bata blanca me sacó una muestra de sangre del brazo. Tan pronto como se marchó, el teniente arremetió de nuevo contra mí.

—No la maté, le digo.

—Está bien, no la mató. Estaban ustedes medio desnudos en un coche en el bosque..., bueno, ella estaba desnuda, sólo con un abrigo de piel, pero con las ropas en la trasera del auto. Habían estado jugando, ¿eh? Y ella no quiso, o..., bueno, lo que sea. La autopsia nos dirá muchas cosas sobre ello.

—¿Me va a dejar hablar? —pregunté.

—Eso es lo que estoy esperando desde hace media hora. Vamos, hable. ¡Hable!

Por mi mente pasó como una cinta cinematográfica, la noche anterior. Hasta el momento en que perdí el conocimiento en brazos de Jeannette.

Lo relaté todo. Todo absolutamente. El teniente había hecho venir al estenógrafo y éste manejaba su máquina con rapidez.

Cuando acabé, hacía rato que el teniente había apagado el foco. Me miraba desde el otro lado de la mesa, con expresión reconcentrada.

—Y ahora —dije—, vaya a casa de Burgess.

Se puso en pie.

—Espere un poco —dijo—. Hagan entrar a ese hombre.

Dos policías pasaron a un hombre entre ellos. Lo conocí al instante. Era Henry, el marido de Caretta. Al verme, intentó desprenderse de los agentes, para echarse sobre mí. Estaba como loco.

—¡Ese es, ese es el tipo! ¡Lo vi besando a mi mujer hace dos noches! ¡Es él el maldito asesino! ¡Déjenme no más que un minuto y lo destrozaré! ¡Con mis propias manos lo voy a destrozár!

—¿Seguro que es el mismo hombre? —preguntó el teniente.

—¿No se lo estoy diciendo, maldición? ¡Es él y con mis propias manos...!

—Llévenselo y que firme la declaración —ordenó el teniente. Lo sacaron llorando y rugiendo.

—Vuelvan a llevarse a Bretton a la celda.

Volví a la celda. Estaba lúcido, pero con la extraña impresión de que apenas podía moverme. Me dejé caer en el camastro. Simplemente no podía creerlo. Yo había visto a Caretta, viva, sobre el altar, y Burgess inclinado sobre mí, mientras Jeannette me abrazaba, desnuda, con sólo las ligas rojas en la mitad de los muslos, y las medias.

Y, sin embargo..., a la madrugada estábamos Caretta y yo en el bosque, en mi automóvil, y ella muerta, de una puñalada en el corazón.

No sé qué hora sería cuando el policía volvió. Me había adormecido.

—Vamos, Bretton, lo necesitan allá abajo.

El teniente me esperaba.

—Bretton, varias cosas. En efecto, la prueba alcohólica es negativa. Usted había bebido, pero no tanto.

—¿Lo está viendo, teniente?

—Aguarde, Bretton. Hemos ido a la casa de ese Burgess. Nos ha recibido él. Y allí no había nada más que unos cuantos trastos estúpidos.

—Bueno, pero, ¿qué ha dicho?

—Que anoche celebraron una pequeña fiesta. Un «relax», nos dijo. O algo así. Y que usted estuvo allí y se largó con la señora Manders y ya no supieron nada de ustedes.

Sentí que la cabeza me daba vueltas.

—Está mintiendo —dije—. Celebró una misa negra. La chica estaba tendida desnuda en una especie de altar, como le dije, pero..., viva. Luego me dieron algo de beber y perdí el conocimiento.

—Según él estaba usted perfectamente lúcido cuando se fue de allí. Dice que había bebido y que habló de comprar un par de botellas en algún sitio.

—Había más gente, teniente.

—¿Cree que no conozco mi oficio, Bretton? Los he interrogado a todos. Las declaraciones coinciden. Usted se largó con la señora Manders. Iban los dos bien vivos y con ganas de juerga. La tuvieron, pero acabó mal el asunto. Lo siento por usted, amigo. No me gusta meter a nadie en un lío, pero las pruebas están muy a mano en estos momentos.

—Exijo un careo con ellos, teniente.

—Lo va a tener, Bretton. Pero antes vamos a hablar un ratito usted y yo. Tengo aquí el resultado de la autopsia. La chica murió

de una cuchillada en el corazón. Prácticamente se lo partió en dos. Y poco antes de morir había tenido relaciones sexuales con un hombre.

—Yo no fui, lo aseguro.

—Usted puede asegurarlo, Bretton, pero así es. Y ahora, vamos a darle un par de vueltas al asunto.

¿Un par de vueltas? Aquella era una auténtica noria. Las preguntas repetidas una y otra vez, vuelta a comenzar. Yo sólo podía responder lo mismo que ya había dicho, una y otra vez, también. No sé a qué hora dejamos el interrogatorio, porque me habían quitado el reloj. Sólo sé que estaba medio deshecho.

Me dejaron dormir dos o tres horas y entonces comenzaron a traerlos. El primero, Burgess.

—Sólo puedo repetir lo que dije —respondió a una pregunta del teniente—, Bretton se marchó con la señora Manders diciendo que iba a comprar un par de botellas, y ya no supimos nada más sobre ellos.

—Usted celebró una misa negra con el cuerpo de Caretta como altar —dije—, Y atrévase a negarlo.

—Claro que lo niego. Por supuesto. Nada de eso se hizo. Un simple entretenimiento, pero ninguna misa negra Bretton, ¿por qué no eligió una historia mejor? Teniente, ustedes han registrado mi casa. ¿Qué más puedo decir? Ese hombre estuvo con nosotros, y estaba bastante bebido.

—No bebió mucho - objetó el teniente.

—No puedo añadir nada. A no ser que hubiera potenciado el alcohol con alguna otra cosa.

El teniente cogió un papel de encima de la mesa y lo leyó.

—Bueno, el médico dice que había rastros de alguna sustancia del tipo de los somníferos. ¿La tomó, Bretton?

—Me la hicieron tomar. Y no se molesten, es algo que ha debido inventar Johanssen. Con lo que mistress Johanssen dormía a su marido.

El teniente me miró con algo muy parecido a un desprecio compasivo.

—Tiene usted bastante imaginación, Bretton, pero le aconsejo que la emplee en encontrar otra historia.

—Sólo puedo decir lo que ya dije, teniente —afirmó Burgess—, No hacemos misas negras. No estamos en el siglo XVI. En último caso, nuestros juegos no están prohibidos por la Ley. No la conculcamos. Sólo nos divertimos, como otros van al cine o crean religiones nuevas.

—Puede irse —dijo el teniente.

Yo estaba buscando desesperadamente algún argumento para convencer al teniente. No lo encontraba.

—Usted mató a Caretta, Burgess —dijo.

Me miró.

—¿Por qué iba a hacerlo? No tenía motivo alguno para matarla. Lo siento, Bretton, no es esa la manera de salir del embrollo.

Lo sacaron fuera. El siguiente fue Cosmos. Lo mismo. Todo había sido un entretenimiento inofensivo, que habían practicado muchas veces. Agregó algo nuevo. «Parecía» que yo había tenido mucho interés en asistir a él. Me miraba horrorizado, como si no pudiera creer lo que le habían contado.

Luego, Johanssen. Este no me miraba con lástima, sino con desprecio. Y dijo que yo había intentado hacer un chantaje a su madrastra, en base a una supuesta infidelidad a su marido. Que ésta lo único que había hecho era divertirse un poco, pero sin pasar de un límite. Que yo me había comportado como un borracho o como un drogado. Y que me había marchado con Caretta diciendo que nos íbamos a emborrachar.

—Las declaraciones parecen calcadas, teniente —dije.

—O todos recuerdan lo mismo que dijo usted, Bretton.

Cuando entró «ella», el corazón me latía violentamente. Me lanzó una mirada solamente, y comenzó, con la misma historia.

Alcé la mano.

—¿Niegas que cuando te abrazaste a mí y me diste de beber estabas completamente desnuda? ¿Y qué me diste algo en el whisky?

—Teniente —dijo «ella»—. Conocí a este hombre como ya le dije, cuando me acusó de ser infiel a mi marido e intentó hacerme chantaje.

Ya me era imposible asombrarme de nada. La miré. Hablaba con una inocencia absoluta. Y era evidente también que su belleza había impresionado al teniente. Cuando un hombre se impresiona por una mujer está dispuesto a creerse todo lo que ella quiera.

—¿Yo te hice un chantaje?

—No pudo usted hacerlo, míster Bretton. Le dije que advertiría a mi marido.

—¿V no lo hiciste?

—Murió antes de que pudiera hacerlo.

—Cuando lo envenenasteis Johanssen y tú.

—Cállese, Bretton. Yo sé de qué murió míster Johanssen, y no fue envenenado. Hay un certificado médico —dijo el teniente.

—Hay muchas maneras de matar a alguien, y algunas de ellas no dejan huella. Pero creo que deberían hacerle la autopsia. Quizá encontrasen algo interesante.

—¿Va a tratar de enseñarme mi oficio, Bretton?

—No, pero hay muchas cosas que usted no sabe. Llame a mi

despacho y dígale a mi secretaria que traiga una cinta grabada que hay en un cajón de mi mesa. En ella me explicaba Johanssen los motivos que tenía para sospechar que su mujer le engañaba y lo drogaba para poder verse con su amante.

La cara de Jeannette no cambió.

—Mi marido sentía celos, eso es todo. Pero la noche antes de morir, me pidió perdón por haber dudado de mí y me dijo que lo iba a despedir a usted, a prescindir de sus servicios, míster Bretón. Teniente, por favor, si a usted no le importa, y si no tiene nada más que preguntarme...

El teniente no tenía nada más, eso era evidente. Cuando salió Jeannette, entró Jane. Lo mismo, exactamente lo mismo que todos los demás.

Y luego nos encontramos a solas.

—Creo que necesitará usted un buen abogado, Bretton

—me dijo—. Está metido en un buen lío.

—Traiga esa cinta y escúchela de todas formas —dije.

—Bueno, como quiera. No dirá que le voy a quitar una sola probabilidad de que se descargue.

Hizo traer la cinta y la escuchó. Al terminar la audición, yo mismo me di cuenta de que aquello podía ser desvirtuado por un abogado cualquiera. Todo ello podían ser nada más que las sospechas de un marido ya mayor, casado con una mujer de gran belleza. No tuve más remedio que reconocerlo.

El teniente se encogió de hombros, mirándome significativamente.

—¿No tiene más pruebas, Bretton?

—No. Pero yo no la maté. Fui dopado en el curso de una misa negra, y alguien me fraguó el asesinato. Esto es todo.

—En ese caso, ¿quién cree usted que mató a la mujer?

—Posiblemente Burgess, aunque pudo ser cualquiera de ellos. Pero me inclino a creer que Burgess. Por cierto. Había otro hombre.

—¿Quién?

—No sé quién era. Llevó todo el tiempo una máscara sobre el rostro.

—Lo preguntaré. Aunque supongo que poco cambiará el asunto. Bien, Bretton, puede usted elegir abogado. ¿Tiene alguno?

Pensé rápidamente. Folson, quizá. Era él quien me había enviado precisamente a Johanssen. Se lo dije.

—Llámele. Lo vamos a acusar de homicidio tan pronto hable con el fiscal ayudante.

CAPITULO 10

PUDE hablar con Lolly, con Tom y con Jim. Lolly lloraba, y al mismo tiempo me miraba como si me viera por primera vez. Varias veces me preguntó si era verdad que no había matado a Caretta: casi parecía desear que lo hubiera hecho. Las mujeres son imprevisibles. Tom y Jim se ofrecieron para declarar y así lo hicieron en el juicio, como dos valientes.

El juicio: Folson se batió como un león. El asunto le gustaba. Le conté todo, absolutamente todo y lo que es más extraño, me creyó. Folson tiene imaginación. Inmediatamente se lanzó sobre el tema.

Tuve que explicarle exactamente todo lo que había ocurrido en aquella noche, y tomó nota de todo, además de cogerlo en magnetofón.

—Usted no tenía ningún motivo para matar a esa mujer —dijo—, ¿no es eso?

—Ninguno. Ella se me insinuó..., bueno, ella me buscó el cuerpo y de qué modo, pero yo no estaba interesado. No me acosté con ella, Folson.

—Bien. ¿Por qué cree que lo buscó a usted?

—Lo ignoro. La había visto dos veces tan sólo. A la segunda, me saltó al cuello. Justo cuando estábamos ante la puerta de su casa.

—La Policía no cree que se celebre aquella misa negra sobre el cuerpo de Caretta. Tendremos que demostrar que se hizo.

—¿Cómo diablos piensa demostrarlo, Folson?

—No lo sé aún. Debe haber alguna forma de hacerlo. Los presionaré hasta sacarles el jugo, no se preocupe. Ahora, Jeannette. Una bruja, una auténtica bruja, ¿no es eso? Ligas rojas, animal familiar, ungüento mágico. Esa será dura, lo mismo que Burgess. Pero me parece que hay un eslabón débil: Jane. Creo que voy a ir por ella. ¿El marido? Bueno, es un cartucho en la recámara. No voy a despreciarle, pero será si me fallan otros.

Apretó a Jane, ya lo creo que la exprimió. Jane no estaba casada, pero su prometido, un joven de la buena sociedad, que tuvo que subir al estrado, sufrió las penas del infierno. Los periódicos lo abrumaron, y él no tuvo más remedio que declarar que ignoraba las actividades de su novia. La contemplaba aturdido y asqueado. Cuando Folson acabó con ella, había perdido toda posibilidad de casarse, pero yo no había avanzado un solo paso adelante en mi defensa. Jane se limitó a decir que aquella noche nada había ocurrido, fuera de una simple diversión.

Folsen no se dejó abatir y la emprendió con Cosmos. Este era un oscuro profesor de historia de las religiones en un colegio de

poca categoría. Dijo estar interesado en aquellos temas, pero nada más. Lo encontraba entretenido por su profesión, pero..., nada más. V, por supuesto, ninguna misa negra ni nada obsceno había sucedido allí. No fue posible sacarlo de ahí.

El público, muy caldeado al principio, comenzaba a impacientarse. Algunos grupos, entre ellos los seguidores de un cierto «Mesías del siglo XXI» hicieron una manifestación ante el tribunal, pidiendo que se respetasen todas las formas de culto.

¿Para qué seguir? El fiscal en su acusación mantuvo los extremos de que yo, y solamente yo había podido matar a la acusada, dejando aparte el que hubiera o no habido una misa sacrílega. Y que esa era únicamente y exclusivamente la forma de enfocar el asunto. No se estaba sometiendo a juicio el que un grupo de personas pudiera o no celebrar cultos más o menos infames. Se estaba juzgando un asesinato: el de la señora Caretta Manders, y yo era el único sospechoso. Y se disponía a demostrar que culpable.

Lo hizo con gran competencia.

Yo había sido sorprendido por el marido de la desgraciada mujer besándola ante la misma puerta de su casa. Esa no debía haber sido la única vez, por supuesto, aun cuando eso sólo eran especulaciones no probadas.

Pero sí era probado, por medio de testigos, que en el curso de lo que pudiera llamarse..., «fiesta», o como quiera que se le nombrara, yo me había comportado de una manera íntima con Caretta. Llamó a los testigos y todos ellos lo aseguraron así.

Tras de la «fiesta», yo me había marchado con Caretta, después de beber una cierta cantidad de alcohol, no demostraba cuánta, y habíamos ido a un lugar apartado del bosque, llamado Oak Forst. La autopsia había demostrado que Caretta sí había bebido bastante. La prueba alcohólica practicada en mí sí había dado resultados poco positivos, pero se apuntaba la posibilidad por los patólogos de que hubiera potenciado esa escasa cantidad de alcohol uniéndolo a alguna droga.

Folson se lanzó sobre esto: apreciaciones gratuitas y no probadas. El juez lo hizo borrar del sumario, pero ya habían quedado las huellas de ello en el ánimo de los doce hombres justos, entre los cuales había cuatro mujeres para las que yo debía ser un monstruo adúltero y sádico.

¿Qué ocurrió en el secreto del bosque? El fiscal no deseaba entrar en detalles: el respetable jurado ni los quería ni los merecía. Pero cuando una patrulla de carreteras que vigilaba el lugar para impedir precisamente aquellos excesos, descubrió el coche, descubrió también algo más: el cuerpo muerto, asesinado,

de una pobre muchacha, casada hacía dos años, desnudo y... Se resistía a comentarlo, pero las fotografías estaban a disposición del jurado, si quería verlas.

Claro que quisieron. Con fruición, con lujuria, las contemplaron, incluso por más tiempo del que hubiera sido necesario. Hombres justos...

Las pruebas estaban a la vista. Según el forense, la muerte había tenido lugar entre las doce y las cinco de la mañana. El frío era la causa de que el cuerpo hubiera entrado rápidamente en el rigor mortis. La muchacha no había comido nada. Sólo había bebido.

Al llegar aquí, pasé una nota a mi abogado. Folson se puso en pie.

—¿Qué había bebido la señora Manders? —preguntó.

—Whisky —respondió el fiscal.

—¿Seguro? Solicito la presencia del forense.

El forense subió al estrado. Sí, había bebido whisky, pero también algún otro licor en el que predominaba la menta.

—¿Y nada más? —preguntó Folson.

—Pues..., había restos también de alguna droga que podía potenciar el alcohol.

—Sírvase decírnos, por favor, qué clase de droga.

—Este..., lo ignoro.

—¿Eso es posible? —preguntó Folson, exagerando su asombro.

—Pues, sí, bajo ciertas circunstancias.

—No creo que saber exactamente qué clase de drogas haya podido tomar la señora Manders sea de absoluta precisión —opinó el fiscal.

—Podría serlo —respondió Folson— Sobre todo si tenemos en cuenta los conocimientos de nuestros químicos actualmente.

—Bien, lo siento —respondió el forense—. Eso es cuanto puedo decir.

Allí se cerraba otra puerta. Las palabras del médico habían sido lo suficientemente vagas como para despertar el interés, pero también hábilmente manipuladas. Hay tantas drogas..., cualquiera puede inventarse una droga nueva en el momento. Lo principal no era aquello. Folson se dio cuenta y yo también. Por ahí no conseguiríamos atraer el interés del público ni del jurado.

Fue entonces cuando comencé a perder la esperanza. Todos estaban dispuestos a creer en mi culpabilidad, y el único interés real del público era saber algo más acerca de los sucesos que se hubieran podido producir en la noche de las brujas, en la misa negra, en el sabbat. Pero el juez había cerrado aquella puerta al advertir que no se iba a juzgar un acto, sino un asesinato. Lo consulté con Folson.

—Déle un poco de colorido cuando yo le pregunte en el estrado —me respondió.

Al instante comprendí que aquello sería equivocado. Si rememoraba esa noche echaría al jurado sobre mí aún más de lo que ya lo estaba. Nada más lógico que al final de una noche de orgía conjunta, acabase yo de rematarla con una orgía particular, en el curso de la cual habría matado a Caretta. Se lo dije a Folson. Vaciló y luego dijo que tal vez tuviera razón.

El marido de Caretta declaró que nunca había dudado de su mujer —mentira—, hasta que la vio besándome en la puerta de la casa. Estaba seguro, dijo excitado, de que yo había provocado en ella alguna forma de hipnosis o algo así porque de lo contrario no podía comprender cómo su esposa había hecho algo por el estilo. Siempre había sido una mujer honesta y enamorada de su marido.

El juicio continuó en este tono. Cuando Jeannette subió al estrado, no me miró ni una sola vez. Yo había sido contratado por su marido, debido a unas sospechas producidas por un alucinamiento pasajero. Cuando le hice objeto de un chantaje, es decir, «quise» hacerle objeto de un chantaje, ella se negó y tuvo una entrevista con su marido, horas antes de que éste muriera.

Folson llamó inmediatamente a declarar a Tom y a Jim, mis dos ayudantes, y a Lolly, mi secretaria. Los tres declararon cómo Jeannette había salido por la noche y había ido a casa de Burgess, entre las doce y las seis de la mañana, varias noches. Repreguntada por el fiscal, Jeannette respondió que había ido a casa de Burgess, sí, pero su marido estaba enterado de ello: tenía permiso de él. Yo no podía responder que había visto a su marido drogado y durmiendo una noche en que ella salió. Lo pensé, pero aquello significaría que nadie se fiaría de mí, que había sido capaz de entrar en una casa subrepticamente. El jurado creyó a la mujer y, si no la creyó al menos, las aseveraciones de mis ayudantes se perdieron inofensivamente. Resultaba extraño, como dijo el fiscal, respondiendo a Folson, que acusaba de adulterio a Jeannette, que una mujer visitase a un amigo a esas horas, pero si el marido le había dado su permiso... en cambio yo, basándome en sospechas, había intentado chantajear a un cliente: suficiente como para que un comité de ética me expulsase de la profesión de investigador privado.

Sabía que estaba en la red, y cada vez me enredaba más en ella. Aquella pandilla había sabido atar bien los cabos. Miré fijamente a Jeannette, y ella me devolvió de pronto la mirada. Pese a la distancia que nos separaba, me pareció advertir un brillo especial en sus ojos. Cuando dejaba el estrado, pasó junto a mí y volvió a mirarme. Sentí de nuevo aquella impresión que me producían sus

ojos, una impresión casi paralizante. Luego, pasó, dejando una estela de perfume.

Folson estaba ligeramente desconcertado. Jeannette producía esa impresión en todos los hombres. Lo había visto en los ojos de los jurados masculinos que la devoraban con la vista. Esta vez, sin embargo, las mujeres se pusieron ligeramente de mi parte: no les gustaba la viuda.

Lo repito: Folson luchó como un león, pero todo fui inútil. Las mallas de la red se estrechaban cada vez más. Cuando acabaron los testigos, el abogado hizo una última tentativa: me llamó al estrado.

Llevaba mi mejor traje azul, pero cuando me miré al espejo, noté que las huellas de todo lo que estaba pasando se notaban perfectamente en mi rostro. Había perdido casi siete kilos y tenía las mejillas hundidas.

Folson comenzó con la visita de Johanssen. Presentó pruebas, las cintas grabadas por mí. Luego, comenzó a preguntarme. Una, dos veces, me hizo repetir cómo había llegado a la conclusión de que Jeannette engañaba a su marido. Por lo menos, que se veía con un hombre. Luego, después de la muerte de Johanssen, mis visitas a la viuda, únicamente para comentar con ella las circunstancias de la muerte.

Ahí hube de llevar cuidado: negué el chantaje. No había motivo para ello, e insistí en ese punto. Luego cómo me había presentado a unos amigos, Caretta entre ellos, y cómo me había convencido de que asistiese a una misa negra. Describí ésta, sin «darle colorido» como quería Folson. Y cómo durante el transcurso de la misa, fui drogado, lo cual constaba en el análisis de sangre que me hicieron, aunque la droga fuese desconocida para los analistas.

Ahí acababa todo. Llegaron los informes del fiscal y del abogado defensor y el jurado se retiró a deliberar. Folson me miró, mientras me conducían a otra sala para esperar allí el veredicto.

—Malo, ¿verdad?

—No pienso engañarle, Bretton. Muy malo. Simplemente, no me gusta. Bretton, ¿me ha mentido en algo?

—Podía habérmelo preguntado antes, Folson. No, no le he mentido en nada. ¿Es que acaso ha cambiado usted de opinión?

—No, no es eso, por supuesto. Por otra parte, ya sería tarde. Pero es que han rebatido tan hábilmente todos los puntos de la historia... Da la impresión de que o están muy unidos o..., dicen la verdad. Me refiero a lo que pensará el jurado, por supuesto.

—Mienten todos, Folson.

—Y yo lo creo, pero..., ahí está. Es casi..., la primera vez que esto

me ocurre en mi vida profesional.

No podía sentir lástima por su vida profesional. Estaba sintiendo miedo por mi vida.

—Folson —dije—. ¿Podría ver a Jeannette Johanssen?

—No debería preguntarme eso, Bretton. No puede usted verla mientras continúe sub-judice. Después, tal vez.

—Bien, haga lo que pueda, ¿quiere? Dígale que tengo algo que comunicarle.

—Espere, Bretton. Es mejor que esperemos al jurado.

El jurado tardó cinco horas en llegar a un acuerdo. Cuando volvió, me hicieron entrar en la sala y esperar en pie mientras el juez les preguntaba.

La respuesta fue asesinato en primer grado, sin atenuante alguna, ya que no estaba en estado de embriaguez. El juez me condenó a muerte.

Debo decir que no me sorprendió. Lo esperaba ya. Había algo que me lo decía. Como es natural, se podía recurrir, y eso es lo que hizo Folson al instante, pero la fecha quedó marcada en principio. Fue al quinto día de mi estancia en la prisión cuando vino Folson a verme.

—Bueno, tenga valor. Vamos a conseguir algo.

—Sí, por supuesto —le respondí—. Pero ahora, ¿ha tratado usted de ver a Jeannette?

—Por supuesto —fue la respuesta—. Es una mujer..., extraordinaria, Bretton. Bueno, usted ya lo sabe, no le digo nada nuevo. Una mujer extraordinaria.

Lo miré. No había duda alguna. Estaba bajo el influjo de Jeannette. Sentí deseos de gritarle «¡Pero idiota, mírame a mí! También yo empecé así».

Me callé.

—¿Y bien?

—Vendrá a verlo, Bretton. He hablado con el alcaide y le va a permitir verla.

Me puso la mano sobre el hombro:

—Bretton, creo en usted, pero creo también que esa mujer ha sido engañada por alguien.

—Sí, claro —respondí—. ¿Cuándo viene?

—Vendrá a verlo a usted mañana.

—Gracias, Folson, ha sido usted muy amable.

Aquel día recibí la visita de Lolly y de Jim. Los dos estaban a punto de llorar.

—¿Podemos hacer algo por ti? —preguntó Lolly.

—Sí, coged una pistola y matar a Jeannette, y a Burgess..., si es que podéis matarlos.

Me miraron y pensaron que estaba loco. No les saqué de su error. Y, al día siguiente, llegó Jeannette. Nos miramos a través de la reja del locutorio.

—Bien, te has salido con la tuya —dije.

—No lo quería. Te lo dije. Cuando íbamos a casa de

Burgess. Te pedí que me dijese lo que habías averiguado. No quisiste.

—¿Qué hubiera cambiado eso?

—Quizá mucho. ¿Qué averiguaste?

—¿Lo quieres saber, de verdad?

—Sí.

—Las pruebas las tiene alguien en este momento. Las pruebas de que, de alguna forma, Burgess no viene de ninguna parte. No ha nacido en ninguna parte, y nadie sabe quién es.

Me miraba con los ojos semientornados.

—¿De qué puede servirte eso?

—A mí, ya, tal vez de nada. Pero servirá para que alguien se ocupe de él. y ocupándose de él, se ocupe también de ti. Porque, ¿de dónde vienes? ¿Quién eres? ¿Has tenido solamente esta existencia?

—¿Sabes dónde te has metido, querido?

—Sé dónde estoy ahora y sé lo que me va a ocurrir. Esas pruebas no podréis borrarlas.

—¿Alguien que no ha salido en el juicio? —preguntó dulcemente.

—Alguien que no ha salido, en efecto. En algún sitio hay una carta para esa persona. La misma noche en que me vayan a sentar en la silla eléctrica, esa persona sabrá que existe la carta y dónde encontrarla. Sólo quería decirte esto. Que no vais a seguir haciendo lo que habéis hecho con tu marido, conmigo, y con Caretta. Aunque Caretta tal vez lo buscó ella misma. No sé si la asesinasteis o se dejó matar. No me importa, ahora, porque ya nada puedo demostrar.

Hubo un silencio.

—¿No quieres decírmelo? —preguntó con igual dulzura—. Sacó algo del bolso, y al instante, el vigilante se le acercó. Ella volvió a guardarlo—. Podría darte algo que te evitaría lo que temes.

—Temería más lo que me dieras que lo que me espero

—respondí brutalmente—. Bruja. Lo único que siento es que ahora no os quemen como antes. Yo mismo sacaría butaca de platea para verlo.

—¿No quieres? —preguntó.

—No. El mundo, alguien sabrá lo que hicisteis conmigo.

—Como quieras. Este..., podrías haberte unido a nosotros. Entonces vivirías..., siempre.

—¿Quién eres? —pregunté—. Sé que Burgess es Guiburg, pero tú, ¿quién eres?

—Simplemente «Juana». Si no hubieses sido tan ignorante...

—Sí, si no hubiese sido tan ignorante. Y ahora, adiós.

—Adiós.

Se marchó. Vi el suave ondular de sus caderas hasta que la puerta se la tragó. Cerré los ojos para librarme de aquella visión y volví a mi celda. Allí comencé una carta. Cuando llevaba menos de media cuartilla, recordé una noche de borrachera en la cual yo había escrito también otra carta. La había olvidado al recobrar la lucidez, pero ahora la pude memorizar. Había pensado engañar a Jeannette pero ahora no hacía falta. La carta existía ya. Sólo había que indicar a su destinatario, a M'Rourke dónde podía encontrar la primera.

Lo hice, y añadí un ruego: «Lo que te escribo es la auténtica verdad. Tú eres el único que puede hacer algo por mí, aunque ahora ya sea inútil. Y es gritarlo, proclamarlo al mundo. Busca esa carta y comprueba que todo lo que te digo es verdad. Luego, ¡grítalo!»

Le di la carta a Lolly dos días antes de que..., me llegase la hora. Luego, esperé ésta.

* * *

—Bretton, aquí está el cura.

Y entra el sacerdote...

El alcaide se retira y cierran la puerta, mientras yo me quedo solo con el hombre que acaba de entrar.

Alto, fuerte, vestido completamente de negro, excepto el alzacuello blanco. Tiene el pelo blanco, pero no es un viejo. Todo lo más unos cuarenta y cinco años, y los ojos de un extraño amarillento en el iris.

—Hola, Bretton, buenas noches —dice.

Yo he ido retrocediendo, hasta tocar la pared con la espalda. Mi boca se abre para lanzar un aullido.

—He venido a confesarte, Bretton. Habías pedido un cura, ¿verdad? Bien, aquí tienes uno. Vas a confesar, ¿verdad, Bretón? Vamos a confesar juntos.

—Tú..., tú no eres un cura —digo.

—Lo soy. Eres tan ignorante, Bretton... «Sacerdote in aeternum», ¿no lo sabías? Bien, ahora lo sabes. Vamos a confesar juntos. Por ejemplo, vas a confesarme dónde guardas una cierta carta, y a quién se la dirigías. ¿Verdad que eso es lo primero que vas a confesar, Bretton?

Yo voy sentándome lentamente en el catre. El se sienta junto a mí.

Siempre mirándome a los ojos, fijamente.

—Sí —añade—, tenemos tiempo, pero no mucho. Y cuando yo salga de aquí, olvidarás que he estado contigo. Es muy fácil. Hago

así con los dedos y...

Agita los dedos en el aire, ante mis ojos.

—Así, Bretton. Ahora somos tú y yo. ¿Ves qué fácil? Tú confíasas conmigo dónde está esa carta. Y yo te explico cómo mientras abrazabas a Jeannette, a mi querida Jeannette, yo me dirigí a mi altar y le hundí el cuchillo en el corazón a Caretta. Porque ese es mi privilegio: hacer que la muerte llegue en el momento después de...

Y yo comienzo a hablar, a decir dónde está la carta.

F I N

TERROR

Una nueva
colección
avalada por el
sello de
prestigio

EASA
BOLSILIBROS



Distribuidores
exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street

Virginia Gardens

FLORIDA 33166 - U.S.A.

EDITORIAL ANDINA, S.A.

P.V.P. **20** PTS.